



Juan Bautista Arriaza

Poesías patrióticas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Bautista Arriaza

Poesías patrióticas

Advertencia

Hallándose concluida la edición hecha en Londres de estas poesías en el año de 1810, y continuando en solicitarla el público, se hace esta reimpresión con el aumento de los versos compuestos después de la feliz restitución del REY nuestro Señor a sus dominios; y conservando el mismo discurso que sirvió entonces de prólogo, por el honor que al autor le resulta de haberlo escrito en tan críticas circunstancias.

Discurso preliminar

Escrito en Londres para la edición que se hizo allí de estos versos, con la mira de contribuir a la mayor reunión de los Españoles en ambos mundos.

Dulce y provechosa tarea debe en realidad considerarse en todo racional viviente, que por singularidad de su destino se encuentra separado de su Patria, el dedicar en honor de ella algunos ratos ociosos esmerándose en realzarla y acrecentar su estimación aun a los ojos de aquellas gentes de quienes disfruta el hospedaje. Desahogo necesario a todo

corazón honrado de un íntimo sentimiento impreso por la naturaleza, que progresivamente nos hace contraer el hábito de estimar y preferir los objetos que nos rodearon en la cuna, o nos acompañaron en nuestra educación; y afecto en fin, tan generalizado en los hombres, desde el salvaje hasta el más civilizado, que casi pudiera clasificarse entre los monstruos el que llegase a desmentirlo. Todos aman preferentemente a su Patria, aun en medio de peculiares conveniencias que les proporcione la ajena; y todos se esmeran por sacarla aventajada en aquellos objetos de competencia, que ocasiona la variedad de suelos, climas, producciones y cultura.

¡Quién será pues el que no conozca que es honrarse a sí mismo el tributar honor a la sociedad en que ha nacido! Mas a pesar de lo natural y común que es en todos los hombres este sentimiento patriótico, parece haber épocas en que con mayor satisfacción y vanagloria se complace uno en revestirse y hacer alarde de la divisa de su Patria; y son aquellas en que en virtud de circunstancias políticas y extraordinarias resplandecen con más energía las cualidades más hermosas del carácter nacional. Tales son las que en el día mantienen arrebatada la atención de la Europa hacia la Península española; asaltada y sorprendida, pero de ningún modo rendida ni esclavizada, por un enemigo alevoso, y tan terrible al mismo tiempo, que con menos astucia y fuerza había logrado someter a su dominio las naciones más belicosas del continente. ¡Quién será el Español que en tan señalados y gloriosos días, sea cual fuere la región del mundo que habite, no se precie de repetir: «Yo soy nativo de aquellos terrones privilegiados en que las ominosas banderas de la tiranía no alcanzaron a difundir la fría sombra del miedo; ni sus infernales astucias encontraron credulidad en la perspicacia natural de que dotaron los Cielos al más sencillo de sus pueblos: yo soy hermano, paisano o consanguíneo de aquellos indomables patriotas, sensibles al honor de la independencia, y fuertes contra todo género de adversidad, cuyos nombres resuenan en los desapiadados oídos del Tirano para colmar de rabia sus entrañas, y que si el dueño se los repite es para hacerle dar vuelcos de desesperación en el lecho!» Basta haber heredado una sola gota de sangre española para inflamarse en la satisfacción de pertenecer a una nación, única en el atrevimiento de oponer a la usurpación los brazos desnudos de todas armas, y que por el largo espacio de tan desigual contienda hace palpables a la incredulidad de este siglo fenómenos de heroísmo que de los antiguos nos muestran con desconfianza las páginas de la Historia.

Gloria eterna a cuantos leales compatriotas nuestros sepan apreciar el valor y la energía de su suelo; y confusión perpetua y execración a las almas bajas, que instigadas de un interés personal se dedican a menoscabarla, realzando las flaquezas de la humanidad para denigrar el cuadro de tantas virtudes brillantes; o consolando a los extraños de la, tal vez, involuntaria admiración que prestan a nuestra patria con la exagerada pintura de nuestros errores políticos. Defectos que a la verdad, por importantes que se les considere en el curso natural de las cosas, no incluyen tan rigurosa trascendencia en una revolución extraordinaria, cuyos maravillosos sucesos ni fueron capaces tan oficiosos detractores de pronosticar a su tiempo, ni es fácil en el día determinar su influencia hasta el resultado de la contienda que ha desconcertado los cálculos de los más sagaces estadistas.

Rayar en lo extraordinario ha sido siempre atributo peculiar de la bizarría española. Y así como en aquellos días de nuestro antiguo esplendor, y delante del carro en que llevábamos victoriosos por la Europa los derechos de nuestro Soberano, hicimos doblar la

rodilla a los Landgraves, Electores y Monarcas de los mismos pueblos que ahora componen los ejércitos de Bonaparte; mientras que por otro lado sorprendíamos la expectación de los sabios añadiendo a su conocimiento una nueva parte del globo, donde con pocos pero valerosos medios extendimos la dominación, que hizo a tantos pueblos partícipes de las luces y civilización europea; del mismo modo, en los días de nuestro reposo político o decadencia conserva nuestra reacción el mismo carácter de singularidad: y sola la España en el conjunto de tantas gentes oprimidas no necesitó de impulso ni dirección de parte de gobierno alguno; sino que por unánime clamor de cada provincia, cada ciudad y cada individuo español se opone, resiste, pelea, y llegará a vencer sin duda. Cien batallas presentadas por las medidas y reglas de la ciencia militar, en que fundaban sus combinaciones los políticos rutineros, no han bastado, por desgracias a nosotros, a consolidar las ventajas de la dominación francesa: porque cien mil encuentros particulares, en que los españoles han peleado brazo a brazo con sus contrarios, van cerrando con los cadáveres de estos mismos los pasos que osaron adelantar triunfantes, y despedazan a menudos jirones el vasto y asombroso estandarte del Tirano. Si vemos prevalecer y sernos útil este género de guerra, hijo del rencor individual, y para el que la naturaleza dota a todas las criaturas de la aptitud suficiente, ¿no habrá un género de malignidad en vociferar la importancia absoluta de los desaciertos de aquellos gobiernos que en momentos de tribulación hayan querido reconocer los pueblos, mas bien diré por manifestar a los extraños su amor a la subordinación y al orden, que porque en ellos fundasen las esperanzas del éxito de su empresa? En último resultado el Español las cifra todas en su propósito de no someterse a un yugo; y los reveses y espantosas calamidades que experimenta no sirven sino de embriagarlo, y sugerirle medios de burlar el arte de sus tiranos a fuerza de arrojo y desesperación.

Conservándose vivos en el Autor de estos versos los mismos sentimientos que excitó en todos los Españoles el atentado notorio de Napoleón contra nuestra amada Patria, y testigo ocular de sus primeros efectos en la sangrienta jornada del dos de Mayo, no podía menos de dedicar algunos rasgos de un numen, alentado en tiempos más felices por la indulgencia de sus conciudadanos, en recomendar a la poesía las primeras proezas del heroísmo, cuando la victoria, esclavizada también hasta aquel día, no pudo menos de coronar a un tiempo el valor y la justicia. Unió su voz con la de otros más favorecidos de las Musas; y en los rasgos más breves y enérgicos que supo retrató aquel maravilloso conjunto de hechos gloriosos, que a competencia obraron las provincias invadidas de la Monarquía. Con ellos alentó el valor de nuestros primeros defensores, y estimuló el de muchos que luego les sucedieron, pronosticando el término feliz de sus trabajos, y la ruina del Tirano en la oda intitulada . Celebró luego en el la triunfante entrada de nuestras tropas en Madrid, y la fuga del usurpador, resultado de la asombrosa acción de Bailén, en que veinte y tres mil veteranos, revestidos de los laureles de Marengo, Austerlitz y Jena, rindieron sus armas, banderas y ricas depredaciones a los pies de nuestras honradas columnas, compuestas en la mayor parte de paisanos cubiertos aún del polvo y del sudor de la labranza. Con la canción intitulada aspiró a reanimar el espíritu público desde aquel estado de tristeza en que naturalmente debía haberle sumergido la inconstancia de las armas en la batalla de Medellín; y reunido sucintamente en tan pocos versos cuanto pareció debía mover a los corazones honrados, corrió de boca en boca auxiliada de la música a renovar el ardor marcial en nuestros afligidos hogares. El lamentable suceso del dos de Mayo le dejó trazado en el sucinto cuadro de una canción elegiaca intitulada &c., si no con sublimidad

elocuente, a lo menos con la sentida expresión de quien fue testigo de aquel acto cruelísimo, que vino a ser como el cráter del volcán en que se inflamó después toda la España. Y en fin, para que la poesía satírica alcanzase parte en la defensa del verdadero patriotismo, retrató con los colores del ridículo la infame conducta de aquellos Españoles indignos que vendieron al enemigo la libertad de su Patria, y hasta la sangre de sus conciudadanos, por engrandecimientos personales; premios que hubieran podido merecer honradamente de la gratitud nacional.

Nos ha parecido que un átomo de utilidad, que se pueda seguir al bien de la Patria por la publicación de un escrito no debe desperdiciarse; y por lo tanto que era justo condescender con los deseos de algunos buenos patricios de querer ver reunidas estas composiciones. De aquí procede el publicar un cuaderno de tan corto número de versos, con el objeto de que en cualquiera parte del mundo donde los lleve su fortuna (ya que, merced a la grandeza de ánimo de nuestros antepasados, apenas puede señalarse alguna donde no suene entendida y ejercitada la hermosa lengua castellana) sirvan de recordar a cuantos les fuese natural el hablarla, que no son ni deben gloriarse de ser sino primitivos españoles: que los nombres de que se apellidan son tomados de los mismos montes, valles o poblaciones defendidos ahora a precio de arroyos de sangre por sus hermanos en Europa: que mantener independiente y libre la cuna de nuestros abuelos es una obligación sagrada y común a cuantos Españoles vivimos esparcidos por la superficie del globo: que la casualidad de haber nacido a grandes distancias de la madre Patria no autoriza la cobardía de abandonarla en su conflicto; ni da derecho a los hijos que ella generosamente envió a que disfrutasen de la vasta variedad de sus dominios, a prevalerse de su triste situación, y desmembrarla de sus únicos brazos libres, dando lugar con este auxilio a que el Tirano la despedace interiormente: que si la sangre hispana de que se alimentan sus venas no se ha desnaturalizado todavía, jamás podrá conformarse con la idea de tan horrible complicidad; pues sus padres como verdaderos Españoles les han transmitido la obligación de ser los primeros guardas y conservadores de la soberanía del Rey en el nuevo mundo, y no el derecho de emancipación, que en todo caso solo pertenecería a los moradores indígenas. Sería vergonzoso que los primeros, enriquecidos por los favores y las luces de la Metrópoli, fuesen a dar lecciones de insurrección y desobediencia a estos últimos, que en virtud de las leyes más suaves y sabias que ninguna nación haya dado a sus colonias, viven tranquilos, sumisos, y disfrutando a un tiempo de la sencillez de sus antiguas costumbres, y de los adelantos comunicados por la cultura de los descubridores. La discordia, el desmembramiento en pequeños trozos de tan poderoso imperio, y sobre todo la horrible guerra civil sería el donativo con que premiarían la docilidad de los Indios; y cualquier habitante de Europa, aleccionado por los horribles sucesos del día, se halla en el caso de aconsejar a los que no les alcanza este azote, que vale más esperar del tiempo la enmienda de los abusos, que arrancarla violentamente de las manos sangrientas de la menor revolución.

¡Ay! guárdese cualquiera de esos especuladores más que especulativos filósofos de atizar desde el rincón en que los tiene guarecidos su indolencia, o su timidez, tantos principios de animosidad, tantas semillas de discordia como existen esparcidas por el suelo de nuestra dominación; donde, si bien amortiguadas por la unidad de un sabio sistema político, se dejan distinguir en los colores de tantas razas distintas; guárdense, digo, de comunicarles el calor que exalta a sus cabezas en los libros, y desampara a su corazón en los desastres a que condenan a sus hermanos. Antorchas de la discordia se podrán llamar

sus plumas: Napoleón se dará por bien servido de sus conatos: ya por lo que se conciertan con su teoría de dividir para mandar; ya por lo que le proporciona la horrible venganza de ver destrozado y subvertido todo cuanto le resiste. El triunfo de la barbarie, que se señoreó en Santo Domingo, se reproducirá por todas partes con jornadas más sangrientas: las castas más multiplicadas, prevaleciendo en fuerza por efecto de su rusticidad de costumbres, sofocarían igualmente las luces que les dictaron leyes, y las que les movieron a la insurrección; y el piélago de sangre en que se inundarían tan infelices comarcas, solo se vería interrumpido en su roja superficie por los blancos cadáveres de cuantos mostrasen en su fisonomía el origen europeo. Tal será el resultado de la envidia, la codicia o la ambición individual con que se aspira a enajenar de la España lo que ella sola ha sabido adquirir, ilustrar y mantener con sabias instituciones. Entre tanto no podrán menos de reputarse agentes principales en la ruina de la antigua España cuantos, fomentando querellas, y despertando resentimientos en circunstancias tan críticas, concurran a disminuir su reacción con el desmembramiento de tan magnífica masa; porque al fin el desaliento podía ser la consecuencia de su desesperación: viniendo en fin a verificarse por la deserción de los hijos lo que no ha podido llevar al cabo Napoleón ni con sus astucias ni con la violencia de sus armas.

Vayan pues estos versos a recordar, en cuanto alcancen, tan legítimos sentimientos en todo corazón bien formado, en toda alma española capaz de sentir su dignidad nacional en desprecio de sugestiones de la emulación extranjera; y su Autor agregará este timbre al que le resulta de haber merecido por ellos la rabia y persecución del enemigo.

Londres 13 de Noviembre de 1810.

Sentimientos de la España
Al tiempo de la partida de su legítimo Rey.

Soneto

Triste la España ¿adónde vas ?
al hijo fugitivo dice ansiosa;
y él sigue, y deja de su madre hermosa
llevar los vientos el acento blando.
Ya la materna falda abandonando
pisa de Francia la ribera odiosa;
y aún está oyendo aquella voz piadosa
que le repite ¿adónde vas? llorando.
No ve ya al hijo la infeliz matrona:
mas su voz oye, que con regio brio
dice: Tirano, es mía esa corona.
Ella, al primer dolor, gritó ¡hijo mío!
Mas luego, vuelta al Déspota en Bayona,
Dame a , exclama, o tiembla impío!

El dos de mayo

La escena representará un campo con grupos de árboles, y algunos asientos rústicos en que aparecerán sentados los que han de cantar el himno, en traje de luto, figurando el pueblo. A la derecha, y bastante adelantadas hacia el proscenio, se descubrirán dos urnas sepulcrales, en una de las cuales se leerá en letras de oro , y en la otra . A la izquierda y hacia el foro se verá un arco o portada en cuyo frontis esté escrito Parque de Artillería. Al fondo tropa de aquel cuerpo formada en batalla. Por un bastidor adelantado saldrá el primer actor en traje de Oficial General español, y como absorto en una meditación profunda, después de haber tocado la orquesta algunos compases de un adagio patético, empezará el monólogo, y no fijará la atención en los objetos que lo rodean hasta el redoble de tambores que sonará a su tiempo.

Introducción

Silencio y soledad, fuentes ocultas
de la meditación, ¡con qué recuerdos
volvéis a contristar en estos días
de un fiel patriota el noble pensamiento!
Ahora que el sol a las nocturnas sombras 5
la posesión del mundo va cediendo;
que las aves desmayan en sus cantos,
y la humana inquietud busca el sosiego;
las memorias ilustres de la Patria,
sus desastres, su gloria y sus trofeos 10
van precediendo al carro de la noche,
nuestra mente ocupando en el silencio.
Brillantes fastos de la ilustre Iberia
¡oh cuánto adornaréis el claro templo
de inmortal fama, conservando impresa 15
la actual historia del hispano pueblo!
En nada ceden los presentes días
en amor patrio y memorables hechos
a los que vieron con asombro al mundo
los Pelayos, los Cides y Toledos. 20
Testigos sois ¡oh ruinas de Gerona!
De Zaragoza ¡oh venerables restos!
Lauros de Talavera y de Arapiles,
y palmas de Baylen, más puras que ellos.
Vosotras duraréis, doradas tablas 25
que en el vasto Océano de los tiempos

librarán del naufragio a tantos héroes
que en vuestros campos con honor murieron.
No las sumergirá profundo olvido,
no del tiempo la hoz... ¡Pero qué veo! 30
No estoy solo... Las tropas reunidas
del trémulo atambor al ronco estruendo...
Curiosa multitud, que en torno llega
a contemplar dos fríos monumentos...
¡Qué dice en el semblante del soldado 35
tristeza unida al militar silencio!
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!
¡Qué dice el traje lúgubre del pueblo!
y ... ¡Oh malogrados
en flor de juventud! nobles guerreros, 40
como Eurialo y Niso en vida unidos,
como Eurialo y Niso en gloria muertos.
¡Cuándo brilló más puro el patriotismo
que cuando, sin deber, y sin precepto,
a inevitable muerte os entregasteis 45
por no ver en afrenta el patrio suelo!
Mil aceradas puntas requerían
una sola bajeza a vuestros pechos,
abrieron, si, mil puertas a la muerte;
más nada hallaron sino honor en ellos. 50
Ahora, a glorioso polvo reducidos,
en esos vasos fúnebres os veo,
donde arrancáis suspiros al soldado,
y el llanto varonil es vuestro riego.
¡Ah mejor que en las urnas, vuestros nombres 55
en el nocturno pabellón del cielo,
van a resplandecer, signos de gloria,
siguiendo el rayo del planeta hisperio...
¡Mas ay! también a vuestra fama unido
luce aquel día atroz... Mayo risueño, 60
aparta de él tus flores. De laureles
cúbrelo solo, y de ciprés funesto...
¡Día terrible, lleno de gloria,
lleno de sangre, lleno de horror,
nunca te ocultes a la memoria 65
de los que tengan patria y honor!

Aquí empieza la orquesta a tocar el himno, y el coro repite por tema los cuatro últimos versos. Siguiendo después el actor declamando cada una de las estrofas, y cantándola las voces.

Este es el día que con voz tirana
ya sois esclavos la ambición gritó;

y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
muertos sí, dijo, pero esclavos no. 70

El hueco bronce, asolador del mundo,
al vil decreto se escuchó tronar:
mas el puñal, que a los tiranos turba,
aún más tremendo comenzó a brillar.

¡Ay cómo viste tus alegres calles, 75
tus anchas plazas, infeliz Madrid!
En fuego y humo parecer volcanes,
y hacerse campos de sangrienta lid!

La lealtad, y la perfidia armada,
se vio aquel día con furor luchar; 80
volviendo el pueblo generosa guerra
por la que aleve le asaltó en su hogar.

¿Y a quién afrentas proponéis, tiranos?
¿A quién al miedo imagináis rendir?
¿Al fiel, al leal, 85
que nunca saben sin honor vivir?

El mundo aplaude su respuesta hermosa:
tender el brazo al tronador metal,
morir hollando sus contrarios muertos,
y ser de gloria a su nación señal. 90

Temblando vimos al francés impío,
que en cien batallas no turbó la faz,
de tanto joven, que sin armas fiero,
entre las filas se le arroja audaz.

Víctimas buscan sus airadas manos, 95
mas el error les arrancó el puñal;
y ¡ay! que si el día fue funesto y duro,
aún más la noche se enlutó fatal.

¡Noche terrible, el angustiado padre
buscando el hijo que en su hogar faltó! 100

¡Noche cruel para la tierna esposa
que yermo el lecho de su amor se halló!

¡Noche fatal, en que preguntan todos,
y a todos llanto por respuesta dan!
Noche en que truena de la Parca el fallo, 105
y ¡ay! dicen todos, ¡quiénes morirán!

Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
pues sois modelos de filial piedad,
los ojos, llenos de ternura y gracia,
volved en llanto a la infeliz ciudad; 110

Ved a la muerte nuestros caros hijos
entre verdugos el traidor llevar;
y el odio preste a vuestros ojos rayos,
si de dolor ya no podéis llorar.

Esos que veis, que maniatados llevan 115
al bello Prado, que el placer formó,
son los primeros corazones grandes
en que su fuego libertad prendió:

Vedlos cuan firmes a la muerte marchan,
y el noble ejemplo de morir nos dan; 120
sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
sus almas libres al Empireo van.

Por mil heridas sus abiertos pechos
oíd cual gritan con horrenda voz:
«Venganza hermanos; y la madre España 125
nunca sea presa del francés feroz.»

Entre las sombras de tan triste noche
este gemido se escuchó vagar:
gozad en paz ¡oh del suplicio gloria!
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar. 130

CORO

¡Noche terrible, llena de gloria,
llena de sangre, llena de horror,
nunca te ocultes a la memoria
de los que tengan patria y honor!

En honor

Del cuerpo de artillería

Gloria al cuerpo, que el primero
por la boca de un cañón
respondió a Napoleón
«Obedecerte no quiero.»
Pues ese incendio guerrero, 5
que ya en todas partes arde,
y aterra al Corso cobarde,
todo es efecto del rayo
disparado en dos de Mayo

Por y . 10

El hogar patriótico

O los tres estilos

Sirve de introducción a la , el , y el . -La escena representa lo interior de un cortijo de Andalucía, situado junto a Chiclana, donde se figurará un grande hogar, alrededor de él estarán sentados varios mozos de campo, y mujeres ocupadas en toda clase de faenas o labores caseras. En puesto preferente estará sentado Anselmo, labrador acomodado, su traje decente, de campo, a estilo andaluz: carácter franco y formal. Sus dos hijas Currita y Elena, vestidas a la labradora, y ocupadas una en coser, y otra en avivar el fuego, deben cantar al último: su carácter sencillo y suave. Álvaro, huésped en la casa, bien vestido, con marsellé, botines, y demás arreos del traje andaluz, carácter honrado, pero manejando alternativamente el estilo irónico y el serio. Finalmente, el solitario Leonardo debe figurar en su traje una especie de ermitaño: ropa talar, de color pardo, ceñida por la cintura, la barba larga, cayado y sombrero chambergo: carácter tétrico, pensador, abstraído, el habla cortada y misteriosa, y hablando en tono de inspirado. Esta composición puede servir de muestra de los tres estilos de Poesía lírica. El sublime en la , que se escribió en el año de 1808: el jocoso en el Diálogo entre el , escrito en 1810; y el lírico ligero en la canción de , compuesta en la triste situación de España después de la fatal batalla de Medellín.

INTERLOCUTORES

ANSELMO, labrador acomodado.

CURRITA

ELENA Sus hijas.

ÁLVARO, patriota acérrimo.

EL DOCTOR JARABES, emisario.

LEONARDO, solitario.

Comparsa de aldeanos y labradores vestidos con aseo.

El hogar patriótico

ANSELMO, ÁLVARO, CURRITA, ELENA, y varios mozos de labranza y aldeanas.

ANSELMO ¡Buen frío! vaya, señores,

que el invierno bien se explica.
¿Qué haces que no echas más leña
en ese hogar? ¿eh, Currita?

CURRITA Ya voy, padre: a tal faena 5
no hay brazos que ya resistan.
Dos cargas llevo gastadas,
y aún no se ha acabado el día.
En el corral queda poca;
y el cuento es que no hay quien siga 10
en ir a buscarla al monte,
porque están esas campiñas
inundadas de franceses.

ÁLVARO ¡Que esa canalla maldita
se haya al fin de haber colado 15
en la hermosa Andalucía!...
Es cosa de darse al diablo.

ELENA ¿Se acuerda Vmd. que en Sevilla
Franceses?... aquí no cuelan.
Todo el mundo nos decía; 20
pues a fe que ya hay franceses
sobre la Giralda misma.

CURRITA ¡Mal haya quien nos los trajo
del mar a la propia orilla,
donde la alegre Chiclana, 25
Sanlúcar, Santa María
les sirvan de campamentos!

ANSELMO Ellos pararán, Currita,
porque cuanto más se extienden,
tanto más se debilitan. 30
Si las ciudades los sufren,
los campos los desafían;
y al cabo jamás son dueños
sino del suelo que pisan.

CURRITA (Con sensibilidad.)
Pero en tanto, padre mío 35
¡Qué de sustos y fatigas
no caerán sobre nosotros!
¡Qué de familias perdidas,
buscando, como las fieras,
en las montañas guarida! 40
¿Y acaso hay sitio seguro
de la barbarie enemiga?
En las ciudades saquean,
en los campos asesinan,
y en todas partes destruyen, 45
infaman y tiranizan,
¡Ah bárbaros! ¡ah crueles!

ANSELMO Confiemos en Dios, hijas,
pues tan hermosa es la causa
que defendemos, tan digna 50
del brío español, que es fuerza
que Dios por suya la elija.

CURRITA Sí señor, ese es el tema
con que siempre nos replica
este solitario triste 55
de grave fisonomía,
que está de huésped en casa.
Bien pocas son las palabras
que gasta; más en su misma
tristeza cuanto nos dice 60
siempre esperanzas respira
de que al fin de Bonaparte
triunfará la España invicta.
Ayer mismo, estando juntos
muchos mozos de la quinta, 65
de los sucesos de España
nos hizo una profecía,
que mal año al vil tirano
si alguna vez se realiza.
Pero allí viene. ¡Ay, señor! 70
Haced que nos la repita.

(Entra el solitario LEONARDO, y saluda sin hablar, y solo inclinando la cabeza.)

ANSELMO ¡Ola! buen Don Leonardo,
también parece os convida
el tiempo a buscar la lumbre.
¿Tenéis frío?

LEONARDO Cuando agitan 75
el alma recias borrascas,
en que la patria peligra,
poco se apercibe el cuerpo
de los rigores del clima.

ANSELMO También para el que está hecho 80
a pasearse en las cimas
de los fríos Pirineos,
donde yelo se respira,
poco importan los inviernos
de la bella Andalucía. 85

LEONARDO (Con aire distraído.)
¡Cuándo volveré a vosotras,
o cumbres encanecidas
de nieve, secreto abrigo

de mi solitaria ermita!
¡O sublimes compañeras 90
de mi retirada vida!
Como nunca el cortesano
con soberbia planta os pisa,
en vos la lisonja muere,
y la inocencia respira. 95
Vosotras, no las ciudades
ruidosas y corrompidas,
por más, vecinas al cielo,
nobles montañas, sois dignas
de los oráculos grandes, 100
que revelar a mi vista
quiso una vez...

CURRITA (Con viveza.)

Padre mío,

haced por Dios que los diga.

ANSELMO Vaya, señor Leonardo,

bien sabéis cuán productivas 105
son las sublimes ideas
de una ardiente fantasía
para infundir fortaleza
en las humanas desdichas.

LEONARDO (Con fuerza.)

No son fantasmas ilusas 110

las que yo vi: mi pajiza
cabaña del Pirineo

no sufriera la mentira,-

de los destinos de España

el cielo se dignó un día 115

hacerla templo, o morada

de verdadera Sibila.-

(Con tono de inspirado.)

Oídme... Oídme... Os lo digo

como lo vi; y es la misma

verdad, como por el dedo 120

del destino se halla escrita

en páginas indelebles

del libro eterno de vida.

(Aquí hace una breve pausa, y sentados todos alrededor de él sigue declamando,

.)

Profecía del Pirineo

ODA

Como con rabia interna,
y centellantes ojos, asomado
al escabroso umbral de su caverna,
acecha el tigre al tímido ganado,
que por la yerba mueve 5
su pie lascivo y su vellón de nieve:

Así aquel vil tirano,
que ensangrentó el dosel de Clodoveo,
al tiempo de estampar el pie inhumano
en la falda del alto Pirineo, 10
devoraba a la España
con ojos llenos de perfidia y saña.

Ya era pasado entonces
el día atroz, que guardará esculpido
el triste Averno en sus ardientes bronce; 15
y en que robando a un Príncipe querido
dejó en dolor profundo
huérfana a España, horrorizado al mundo.

Y cuando en pie se erguía
por ver, desde Pirene al mar de Atlante, 20
la extensión de la hispana monarquía;
girando en torno el lívido semblante,
de compasión ajeno,
en que escupió la envidia su veneno;

Ved, que sobre una cumbre 25
de aquel anfiteatro cavernoso,
del sol de ocaso a la encendida lumbre
descubre alzado un pálido Coloso,
que eran los Pirineos
basa humilde a sus miembros gigantes. 30

Cercaban su cintura
Celajes de occidente enrojecidos,
dando expresión terrible a su figura
con triste luz sus ojos encendidos;
y al par del mayor monte, 35

enlutando su sombra el horizonte.

Cual si la fuerza suma
de algún Titán lanzara de sus hombros
la mole con que Júpiter le abruma;
tal le creyó, mirándole entre asombros, 40
el Corso anonadado;
que no hay decir cómo quedó -parado.

Pavor mortal le asalta:
fijos los ojos, más sin furia en ellos;
la boca abierta, mas de aliento falta; 45
duramente erizados los cabellos
en su frente confusa,
cual víboras del casco de Medusa.

Y luego del membrudo
espectro oyó salir no ronco acento, 50
que hirió los valles cóncavos tan rudo
cual si exhalara el ábrego en su aliento;
cuyo son pavoroso
revoca el eco trémulo y medroso.

«¡Napoleón! (tronando 55
sonó la voz) ¡Napoleón, ¿en dónde
la majestad augusta de FERNANDO
tu perfidia escondió? traidor, responde
del que llamaste hermano;
te buscó grande, y te encontró villano! 60

Él se entregó a esos brazos
que como los de un héroe le tendiste;
magnánimo y leal cayó en tus lazos;
la máscara que hipócrita vestiste
sereno al punto arrojas, 65
y de corona y cetro le despojas.

¡O complemento al crimen
que te sentó y acompañó en el trono!...
¿Mas piensas tú que sus vasallos gimen
desmayados en mísero abandono; 70
o que se entregan viles
como grey sin pastor en tus rediles?

Tiende esa vista fiera,
dale apacible pasto recorriendo
ensangrentada y yerma la carrera 80

que van tus huestes bárbaras siguiendo:
robos y alevosías,
hasta Madrid le servirán de guías.

Gózate al ver cubiertas
sus calles de cadáveres helados, 85
conservando tal vez sus manos yertas
aún el pan ofrecido a tus soldados;
que a tanta dicha alcanza
el galardón ¡traidor! de tu alianza.

Mas ¡ay! solo a ti mismo 90
tus arteras perfidias son fatales:
la indignación despierta al heroísmo;
tus grillos se convierten en puñales;
ruge el león de España,
al rojo humor que sus guedejas baña. 95

Y oye que el gran rugido
es ya trueno en los Campos de Castilla,
en las Asturias bélico alarido,
voz de venganza en la imperial Sevilla,
junto a Valencia es rayo, 100
y terremoto horrísono en Moncayo.

Mira en haces guerreras
la España toda hirviendo hasta sus fines,
batir tambores, tremolar banderas,
estallar bronces, resonar clarines; 105
y aun las antiguas lanzas
salir del polvo a renovar venganzas.

Suelta la dura reja
el labrador por la fatal cuchilla:
el tierno esposo a su familia deja: 110
besa la madre al hijo en la mejilla,
le arma el brazo inexperto,
y le dice al partir: vengado, o muerto.

¡Oh maldad! ¿y aún mantienes
en esas duras manos firme el yugo 115
que a la española lealtad previenes?
Si en cada huésped dístela un verdugo,
ya, contra sus furores,
se levantan mil brazos vengadores.

Ocupan la alta sierra, 120
que inflama y tuesta el luminar del día,
bravos hijos del Betis y la guerra:
y ya aquel que tu Aníbal se decía,
más que en gloria, en engaños,
se humilla al pie del Escipión, CASTAÑOS. 125

¿Qué es de la legión fiera
que arrostró de Valencia la muralla?
Huye, y huyendo es vana la carrera
de veloz bruto, y la acerada malla,
que con puñal en mano 130
salta a la grupa el leve valenciano.

Mira ya a los que obligas
a devastar los campos en que esconde
su raudal Guadiana: que entre espigas
vuela la muerte sin saber de donde: 135
¡y cuan tremendo Marte
los asalta sin trompa ni estandarte!

Si sorprendiste, en vano,
a la industriosa gente de Barcino:
velos burlar las artes de Vulcano, 140
y entre sus manos horadando el pino,
con ecos victoriosos
hacen callar tus bronce horrorosos.

Crezca en fin tu despecho
al pie de la invencible Zaragoza: 145
¡Cuál tus furias la hostigan sin provecho!
¡Cuál las confunde!; ¡cómo las destroza!
Oponiendo constante
brazos de hierro y pechos de diamante.

¡Qué es a ellos la arrogancia 150
de los fieros ministros de tu fraude,
si en tanto de los héroes de Numancia
desde el Olimpo un coro les aplaude!
Sobre sus sienes fieles
lloviendo a un tiempo bombas y laureles. 155

Pero ya la gallarda
gente no sufre coto; y cual granizo
se precipita de la nube parda,
cuando al sonoro trueno se deshizo
tal se arrojan veloces 160

a derrocar tus águilas feroces.

Oye en tu sordo grito
el fallo de tu ruina; y ve en su frente
que el dedo de las Furias les ha escrito,
Venga a tu hermano, que murió inocente; 165
ni los manes reposan,
que por el aire errantes les acosan.

Sí: ya llega bramando
como huracán la nacional venganza,
tus pérfidas falanges arrollando; 170
y ya a tu hermano bajo el solio alcanza,
que de la indigna mano
trémulo suelta el cetro soberano.

Ni la regia corona
en las turbadas sienas ya mantiene: 175
mas del trono, que atónito abandona,
de un escalón en otro al suelo viene:
y huye entre tus guerreros,
como en banda de buitres carniceros.

Tal será tu castigo 180
soberbio usurpador: del alto asiento
caerás también. -Yo, yo te lo predigo;
yo, que por ley de celestial intento
guardián de estas montañas,
hago soy tutelar de las Españas.» 185

Siente apenas la vida
el mezquino tirano a sus acentos;
y como sierpe acaso desprendida
de las garras del águila en los vientos,
yerto en letal insulto 190
cayó, enroscado, entre la yerba oculto.

ÁLVARO ¡Qué asombro!

ANSELMO ¡Qué portentosa
visión!

CURRITA ¿Y será posible
que tan feliz esperanza
alguna vez se realice? 195

LEONARDO No lo dudéis. El supremo
hacedor, que del horrible
Bonaparte hizo el azote
que nuestros vicios castigue,
también, en la ambición misma, 200

de su corazón, permite
el germen que lo destruya,
si persevera en su crimen.
ELENA ¡Cielos! abreviad el plazo.

(Entra un MOZO de labranza.)

MOZO Señor, por el arrecife, 205
que va del Puerto a Chiclana
vienen gentes; y aunque siguen
todos adelante, hay uno
que al cortijo se dirige.
ANSELMO Si es de los buenos patriotas, 210
hallará en mí quien le brinde
con cuanto vale mi casa,
y mi fortuna permite;
pero, si es afrancesado,
que le socorra a quien sirve. 215

(ÁLVARO, mirando hacia los bastidores.)

ÁLVARO No parece sino abate:
y a fe que viene hecho un dije;
sucio, y chorreando agua.
¿A que es de los ministriles
que ha mandado el Rey Botellas 220
hacia Cádiz a que intime
la entrega de los navíos
desde un ridículo esquife?

ELENA ¿Y qué respuesta llevaron
los indinos?

ÁLVARO Nada: un chiste 225
de un cañón de a veinte y cuatro,
que a poco más van a pique.

CURRITA ¡Ah bravos marinos! siempre
vuestro valor se distingue.
Ya se coló en casa.

(ÁLVARO, mirando adentro.)

ÁLVARO ¡Toma!... 230
Pues si le conozco: es triple
doctor, Bajá de tres borlas:
que manda, y la renta exprime

de un hospital en mi tierra;
Doctor Jarabes le dicen 235
todos, por lo empalagoso
del estilo con que escribe
proclamas para el Rey Pepe;
y es berenjenario insigne.
Ya llega: déjenle ustedes 240
que yo le haré que se explique.

(Entra el DOCTOR JARABE en traje negro como de abate, y una gran berenjena por venera. Con un pañuelo hará como que se enjuga el vestido del agua del mar; y dirá todos los primeros versos dirigiéndose al público, sin reparar los que estén en la escena.)

Síguese según está impreso

Desenfado patriótico

DOCTOR JARABE

¡Qué terquedad de gentes! ¡qué demencia!
¡Perderse el mejor trozo de elocuencia
que sugirió la escuela de Triana!
No escuchar la oración ciceroniana,
que en estilo escribió de caramelo 5
por proclama el melifluo Maquiavelo!
¡Devolver del Rey Pepe los oficios!
Y, al fin, de sus satélites novicios
hacer volver atrás una barcada
sin dejarles salir con su embajada! 10
Pues juro a Pepe pagarán la pena:
lo juro por la verde berenjena
que traigo al pecho: venerable escudo,
que me lo miro, me lo toco, y dudo
tanto valor se diese a un juramento, 15
siendo yo tan capaz de hacer un ciento:
porque esto de jurar es gesto mío,
y juro en falso siempre que me río.
Cádiz ha de tronar, pese a quien pese.
ÁLVARO Doctor Jarabes, ¿qué furor es ese? 20
¿Qué extraña novedad, qué furia rara
enciende los carbuncos de esa cara?

¿Llegó de los Abates la reforma,
y vos no entrasteis en la nueva norma?
¿O bien de ese hospital que os da la renta, 25
y de Mercurio la virtud fomenta,
se ha levantado bueno todo enfermo,
dejando al Director hecho estafermo?
Vaya, explíquese ya, Señor Letrado.

DOCTOR JARABE Estoy furioso, y algo mareado; 30
desde el pie al solideo hecho una sopa,
de haber ido sentado en la alta popa
de un buque de tres puentes (que así llamo
donde el que rema va) del Rey mi amo.

ÁLVARO Bien se conoce, Abate rubicundo, 35
que no fue vuestro oficio en este mundo,
navegar en alcázares de cedro,
sino andar en la barca de San Pedro.

-Mas donde ibais al fin en ese leño,
o escuadra universal de vuestro dueño, 40
surcando audaz las gaditanas olas?

DOCTOR JARABE A intimar a las naves Españolas
su rendición al gran José primero:
que desde el General al marinero,
y hasta el león de proa, en el momento 45
se acerquen a prestarle juramento:
que él en la playa los espera.

ÁLVARO Vaya,

no es mal palacio para el Rey, la playa:
sala de audiencia de un Señor Pe-pillo:
¿conque, sin sacar blanca del bolsillo 50
quiere tener navíos y arsenales?

¡Lindo! ¿y qué respondieron los navales,
por ser vos quien en ello se interesa?

DOCTOR JARABE Dijeron: ¡bravo empeño se atraviesa!

Padre, si está despacio, tienda usía 55
la vista por la horrenda artillería
que corona esos regios entrepuentes,
de FERNANDO a la voz rayos ardientes,
y verá si son hechos para entregas...

Pero, si lo hace el Rey por las bodegas, 60
las de Jerez apure, y luego avise.

Y al punto viendo que arengarles quise,
a fumar se pusieron los tumbones.

ÁLVARO ¡Gente de mar, que es corta de razones!

DOCTOR JARABE Ya les hice entender, como de paso, 65
que de los buques mi amo no hacía caso,
porque los daba ya por excluidos
a todos ellos, por estar podridos.

ÁLVARO ¡Oiga! ¡y lo que discurre el buen Jusepe!

O es Salomón o sabe más que Lepe: 70

si de la zorra, al fin, no es algún primo

que por agraz no se comió el racimo.

Conque podridos, ¿sí? pues que los deje,

y si no se los dan, que no se queje.

DOCTOR JARABE Ya lo hace; aunque no sé por qué manía 75

no les quita el antejo en todo el día;

y será compasión de ver metidos

entre buques ingleses los podridos:

que es, como ya sabéis, gente mezquina,

y no pueden en punto de marina, 80

como mi amo y señor, tirar de largo.

ÁLVARO Padre Jarabes, sí; ya me hago cargo:

y, aunque novicio renegado, veo

que os portáis como antiguo corifeo

en el arte al francés tan productiva 85

de volver la verdad patas arriba.

Ya estáis pronto a probar con suficiencia

que la razón de ayer, hoy es demencia.

¡No disteis mala vuelta a la sotana!

Quien os oyó en sermón de ayer mañana 90

por FERNANDO inflamar el patriotismo,

hoy es por Pepe, y peroráis lo mismo.

Ayer para escribir lo que se piensa

clamó esa voz por libertad de prensa;

y hoy querréis que se quite hasta el tintero 95

al que no escriba por José primero.

DOCTOR JARABE Y con mucha razón: mudanza es esa

que en mí operó el placer de la sorpresa.

Pues cuando yo esperé, por las pinturas

de los que al fin le habrán mirado a obscuras, 100

ver un Rey tuerto, y fiero cual vestiglo,

me hallo un lindo filósofo del siglo,

largo orador, que por su linda traza,

su estampa noble, y su flamante raza,

no puede ser sino que a España cuadre. 105

ÁLVARO ¡Qué! ¿lo traéis para caballo-padre?

¿Según vais enseñando por la calle

a las viejas su estampa, y su buen talle?

Si ellas chillan al paso, El pueblo aclama,

vosotros le decís; y él se lo mama; 110

y no es aclamación, sino chacota

de ver un Rey, que les parece sota.

Que si dos ojos cuenta ya en la cara,

aunque de Francia el otro le llegara,

¿es su derecho más, por no ser tuerto? 115

Decís que es gran filósofo: eso es cierto
que es cosa rara; y puede que deslumbre
aquí en este país, donde es costumbre
ver en cátedras gente de otra estofa,
ver sobre el trono un Rey que filosofa. 120

¡O si viviese el sabio que decía,
Pobre y desnuda vas, filosofía;
Y, llegando a pisar la ínfima grada,
a la filosofía coronada
viera del trono Íbero allá en la altura, 125
cual exclamara: «¡O tiempos de ventura!
¿Con qué nuevo sistema, y desde cuándo
se encarama uno así filosofando?»

DOCTOR JARABE ¡Cuenta!... que ese discurso bien denota
lo insurgente que sois, y lo patriota: 130

ya poco el tribunal nos interesa,
pero temed la policía francesa;
que si aquel os quemase hasta los huesos,
esta os alza la tapa de los sesos.
-Hubo un tiempo en que el sabio, no lo niego, 135

la virtud estudiaba en el sosiego;
sin deseos, morando en las florestas
como tortuga con la casa a cuestras:
mas ya filosofía anda más lista,
no se oponen, filósofo y conquista; 140
el Macedón y el Cínico severo
se van de brazo por el mundo entero;
y no es contradicción, ni desgobierno
para un Rey muy filósofo, y muy tierno,
empuñar un alfanje damasquino, 145
asolar el país de su vecino,
desalojar del trono al Soberano,
romper la nuca al que le jure en vano,
los soldados matar a cuantos puedan,
y el Rey filosofar con los que quedan. 150

-Esta dicha a tu patria está guardada,
aunque después de yerma y arrasada.
¡Mas qué importa a la real filosofía,
con tal que vuestros nietos algún día
con los franceses vayan a los toros! 155

ÁLVARO ¡Con los francesas! como con los moros.
Si fiestas han de hacer los nietezuelos
a los que han degollado a sus abuelos,
serán dos, invocando al gran Pelayo,
Víspera Siciliana, y dos de Mayo. 160

DOCTOR JARABE Maligna es la alusión, y amargo el tono,
pero por esta vez os lo perdono.

ÁLVARO Pues filósofo sois, la tolerancia...

DOCTOR JARABE Esa, no es cosa lo que se usa en Francia.

Ahora se aplica al ciego patriotismo 165
otro calmante.

ÁLVARO ¿Cual?

DOCTOR JARABE El terrorismo.

ÁLVARO Bien lo sé; y hartos vemos sus estragos
a vuelta de promesas y de halagos.

Bien sé cómo reparte su ternura
cualquier tirano que reinar procura. 170

Así el salteador, que en el sendero
sorprende al descuidado pasajero,
ceba en el hombre firme su cuchillo,
y no hace mal al que le da el bolsillo,
maneja igual con indistinta mano 175

el cetro de Nerón, y el de Trajano:
de un lado, atiza las ardientes teas
con que incendia las rústicas aldeas
en donde el triste labrador, honrando
su dulce hogar, y el nombre de FERNANDO, 180

muere infeliz, y con su sangre inunda
tierra que fue con su sudor fecunda;
y por otro, soberbio eleva al viento
el más pomposo y triste monumento,
que la infamia eternice a las edades 185
de corrompidas, fáciles ciudades,
que incensaron su bárbara fortuna.

-Mas no son ellas, no, la noble cuna
del glorioso tesón, que España ostenta:
por campos y montañas se alimenta, 190
donde respiran, bajo abiertos cielos,
el aura del honor de sus abuelos.

Allí están de la patria los escudos,
allí los duros brazos, los forzudos
pechos, cubiertos de ásperos vellones, 195
cuya raíz está en los corazones;

allí no halla pretextos la molición,
ni seducción con que las almas vicie;
insurrección no llama al patriotismo,
o al tesón de Gerona fanatismo; 200
y, hacia el usurpador que al orbe aterra
moviendo el odio eterno eterna guerra,
mil veces que sus huestes insolentes
inunden nuestras chozas inocentes,
tantas las dejarán libres, y solas; 205
al par del loco empeño de las olas
que, si la playa asaltan a millares,

todas recaen de espaldas en los mares.
DOCTOR JARABE Pero, ¡hombre! todo no ha de ser Numancia:
la constancia es virtud; pero algo rancia: 210
yo siempre en este género de esgrima
me voy al lado del que se halla encima.
Cuando vi sublevarse al pueblo insano,
prorrumpí: Viva el pueblo soberano:
siguióse la Central, y yo al encuentro 215
saliéndola, me hallé como en mi centro;
vino José primero, y sin gran pena,
de su orden me colgué la berenjena;
y si después, rodando más la bola,
viene a mandarnos un Bozal de Angola, 220
veréis que con el Negro me congracio,
y, aún hundiré a estornudos el palacio.
-Así se vive en puestos y en honores
con solo en la opinión cambiar colores.
Y a Dios, que el Rey me aguarda; y más no puedo. 230
ÁLVARO Busca pues ese Rey que te dio el miedo,
tuerto o derecho, Salomón o tonto:
Ve, y bésale la mano, por el pronto,
mientras piensa su real sabiduría
donde le han de besar al otro día. 235
Pero dile que en Cádiz, más que el arte,
alzó el honor un noble baluarte
donde el valor se colmará de gloria...
Mas, supuesto que el Rey sabe de historia,
dile (y esto terciándote el manteo, 240
el brazo en jarras, y algo de ceceo)
que si leyó que de Hércules la saña
con su gran porra recorrió la España,
andando con mil monstruos a la morra,
¡cuenta!... que en Cádiz se dejó la porra. 245
ANSELMO Así son, cual más cual menos,
todos los Hispano-Galos:
sirvan, una vez los malos
de diversión a los buenos.
Risa, indignación y hastío 250
me causa su vil lenguaje:
¡Que así a la Patria se ultraje
y a la razón!
CURRITA Padre mío,
su impertinencia olvidemos;
y por ver si lo consigo, 255
todos, si queréis, conmigo,
algún himno entonaremos.
ÁLVARO Sea, pues, el que dictado

por la desesperación,
fue canto de redención 260
al labrador, y al soldado.

Y lo mismo en la campaña
de Ceres, que en la de Marte,
sonó junto al estandarte
de los leones de España. 265

Cuyo glorioso concepto
Consiste sólo en decir

Vivir en cadenas
¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria 270
¡Qué bello morir!

Canción cívica
Los defensores de la patria

MOTE

Vivir en cadenas

¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria
¡Qué bello morir!

Partamos al campo, 5
que es gloria el partir;
la trompa guerrera
nos llama a la lid:

La Patria oprimida,
con ayes sin fin, 10
convoca a sus hijos,
sus ecos oíd.

Coro. Vivir en cadenas, &c.

¡Quién es el cobarde,
de sangre tan vil, 15
que en rabia no siente
sus venas hervir!

¡Quién rinde sus sienas
a un yugo servil,

viviendo entre esclavos, 20
Odioso vivir!
Coro. ¡Vivir en cadenas &c.

Placeres, halagos,
quedaos a servir
a pechos indignos, 25
de honor varonil:

Que el hierro es quien solo
sabr  redimir
de afrenta al que libre
jur  ya vivir. 30
Coro. Vivir en cadenas &c.

A Dios, hijos tiernos
cual flores de Abril:
a Dios, dulce lecho
de esposa gentil: 35

Los brazos, que en llanto
ba n is al partir,
sangrientos, con honra,
vereislos venir.
Coro. Vivir en Cadenas &c. 40

Mas tiemble el tirano
del Ebro y del Rhin,
si un astro a los buenos
protege feliz.

Si el hado es adverso, 45
sabremos morir...
Morir por FERNANDO,
y eternos vivir.
Coro. Vivir en cadenas &c.

Sabr  el suelo patrio 50
de rosas cubrir
los huesos del fuerte
que espire en la lid:

Mil ecos gloriosos
dirán: Yace aquí 55
quien fue su divisa
triunfar o morir.

CORO

Vivir en cadenas

¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria 60
¡Qué bello morir!

Himno de la victoria
Cantado a la entrada de los ejércitos victoriosos de las provincias en Madrid

CORO

¡Venid, Vencedores,
de la Patria honor!
Recibid el premio
de tanto valor.

Tomad los laureles 5
que habéis merecido,
los que os han rendido
Moncey y Dupont:
Vosotros, que fieles
habéis acudido 10
al primer gemido
de nuestra opresión.
Venid, Vencedores &c.

Venganza os llamaba
de sangre inocente; 15
alzasteis la frente
que jamás temió:
Y al veros, los dueños
de tantas conquistas
huyen como aristas 20
que el viento arrolló.
Venid, Vencedores &c.

Vos de una mirada
que echasteis al Cielo
parasteis el vuelo 25
del águila audaz;
Y al polvo arrojasteis
con iras bizarras

las alas y garras
del ave rapaz. 30
Venid, Vencedores &c.

Llegad ya Provincias,
que valéis naciones,
ya vuestros pendones
deslumbran al sol: 35

Pálido el tirano
tiembla, y sus legiones
muerden los terrones
del suelo español.
Venid, Vencedores &c. 40

Son a vuestras plantas
alfombra serena
laureles de Jena,
palmas de Austerlitz:

Son cantos de gloria 45
volver los cautivos
sus gritos altivos
en llanto infeliz.
Venid, Vencedores &c.

¡O qué hermosos vienen! 50
¡Su porte cuan fiero!
¡Cuál suena el acero!
¡Cuál brilla el arnés!

Estos son guerreros
valientes y bravos, 55
y no los esclavos
del yugo francés.
Venid, Vencedores &c.

Gloria ¡o flor del Betis!
Que habéis bien probado 60
el brio heredado
del suelo natal:

Que allí sin cultivo
crece y se levanta
del triunfo la planta 65
la oliva inmortal.
Venid, Vencedores &c.

Funesto es el día
francés orgulloso,
y el campo ominoso 70

que pisas, también:

La sombra de Alfonso
con iras más bravas,
su gloria en las Navas
defiende en Bailén. 75
Venid, Vencedores &c.

Salve, honor del Turia,
de Marte centellas,
pues vivos como ellas
al triunfo voláis: 80

La hueste enemiga
rompéis imprevistos,
y apenas sois vistos
victoria cantáis.
Venid, Vencedores &c. 85

¡Gloria! ¡o valerosos
del solar Manchego!
¡O cuán bello riego
dais a vuestra mies!

Las surcos se vuelven 90
sepulcro a tiranos;
sangrientos los granos
se mecen después.
Venid, Vencedores &c.

Y en tanto en el Ebro 95
los pechos son muros,
que atienden seguros
morir o vencer:

Siempre el sol los halla
lidiando con gloria; 100
siempre con victoria
los deja al caer.
Venid, Vencedores &c.

¡O cuán claros veo
brillar en sus ojos 105
los fieros enojos
que van a vengar!

¡O cuanto trofeo
que ganó su espada,
verá consolada 110
la Patria en su altar!
Venid, Vencedores &c.

¡O Patria, respira
de males prolijos,
descansa en los hijos 115
que el cielo te dio!

Ni temas que el arte
falte a su fortuna:
soldados la cuna
naciendo los vio. 120
Venid, Vencedores &c.

Ya vengada, solo
libertad y gloria
dejará en memoria
tu agravio en Madrid: 125

Tiempo es ya que altiva
la frente levantes,
pues llegan triunfantes
los hijos del Cid.
Venid, Vencedores &c. 130

Ninfas, vengan lauros
frescos, verdes, bellos,
enjugad con ellos
tan noble sudor:

Ni olvidéis la oliva 135
que es planta gloriosa;
ni aun alguna rosa
que os brinde el amor.

CORO

Venid, Vencedores,
columnas de honor, 140
la Patria os da el premio
de tanto valor.

Unión y gloria

Saludo de brindis al enlace de las banderas Inglesa y Española que adornaban el ramillete de un convite entre marinos de ambas naciones, formándose de las dos una sola insignia.

Epigrama

Así enlazadas, y jamás opuestas
las Britanas banderas y Españolas,
siempre del Corso a la ambición funestas,
descuellan por los campos y las olas.

¡Qué valen hierros que la infamia forje, 5
si en este enlace generoso y blando,
la mano experta del anciano JORGE
sostiene al joven e infeliz FERNANDO!

Solo a esta doble insignia corresponde
dar vuelta ufana al Orbe agradecido, 10
mientras en Francia el tricolor se esconde,
triste blasón del mundo envilecido.

Grata a un tiempo a los fuertes Españoles
¡o noble insignia! y los Ingleses bravos,
en la feliz comarca en que tremoles 15
bastarás a anunciar, que no hay esclavos.

Del continente, al fin, verás lanzado
el Corso monstruo a su infernal destino;
ya que el valor inglés ha decretado
que no será jamás monstruo marino. 20

A la Batalla de Salamanca
Canción

CORO

Viva el grande, viva el fuerte
que, en la más gloriosa acción,
el furor francés convierte
en vergüenza y confusión.

VOZ

Ved cual entre polvo y humo 5
por los campos de Castilla

va la bárbara gavilla
que era un tiempo su opresión.

¿Quién los bate y los humilla
con el rayo de victoria? 10

La trompeta de la Gloria
dice al mundo Wellington.

Viva &c.

¡O Wellington, nombre fausto
a la Iberia, y caro a Marte! 15

¿Tus contrarios en qué parte
huirán de tu valor?

Tú los vences en los montes,
en los campos ven tus bríos,
y las aguas de los ríos 20
te retratan vencedor.

Viva &c.

Entre el Duero y claro Tormes
tú a los galos atropellas,
y aun siguiendo vas sus huellas 25
de su entera ruina en pos:

Síguelos, y Europa deba
a tu acero su rescate,
y si un monstruo la combate
la defienda un semidiós. 30

Viva &c.

Sobre el mismo asunto

Soneto

Soñaba yo; y en lecho damasquino
una hermosa matrona vi dormida,
y entre su misma prole acometida
por un tirano y pérfido Tarquino,

En vano intentan del fatal destino 5
sus hijos redimir a la afligida;
que ellos sin armas luchan por su vida,
y armado estaba el bárbaro asesino.

Ya el traidor casi su maldad corona;
cuando junto a las márgenes del Duero 10
se alza un hijo de Marte y de Belona:

Vuela, llega, derriba al monstruo fiero;
y era la Iberia la infeliz matrona,
y era Wellington el audaz guerrero.

Al duque de Alburquerque
Muerto en Inglaterra de una pasión de ánimo originada por su propio pundonor

Epitafio

Grande en la cuna y en la lid valiente,
en Talavera, en Alcabón, glorioso,
fue en las puertas de Alcides al torrente
del Galo audaz antemural dichoso;
y viendo al fin que con maligno diente 5
se acercaba la envidia al lauro hermoso
que en su frente el honor dejó enlazado,
murió, con solo imaginarlo ajado.

A la entrada en Cádiz del duque de Ciudad-Rodrigo
Después de levantado el sitio de aquella plaza, en consecuencia de sus victorias

CORO

¡O cuán dulce es a un héroe glorioso,
que triunfó con justicia y valor,
presentarle el tributo amoroso
de ternura, de aprecio y de honor!

I

Ved cual llega a gozarse en el seno 5
de la Íbera leal gratitud
el que oímos de lejos cual trueno

dar a Gades victoria y salud.

Hoy se muestra apacible y triunfante;
y ayer bravo, y con fiero tesón, 10
los tiranos lanzaba adelante
cual las nubes el duro Aquilón.
¡O cuán dulce es &c.

II

Acojamos al héroe bizarro
en los muros que él mismo libró; 15
y descienda del bélico carro
a gozar de la paz que nos dio.

No la oliva a su frente neguemos,
ni la rosa de alfombra a sus pies:
que él sabrá cuantas flores le demos 20
en laureles volverlas después.
¡O cuán dulce es &c.

III

Él unió con el nuestro su brazo
para hazañas de prez inmortal:
tema pues en tan ínclito lazo 25
el injusto opresor su dogal.

Y en el templo de eterna memoria,
y en los fastos de la última edad,
se unirá de Wellington la GLORIA
con la hispana feliz LIBERTAD. 30
¡O cuán dulce es &c.

En un convite

Brindando por la última batalla ganada en España por el duque de Ciudad-Rodrigo

Soneto

Venid, Ticianos, a ilustrar pinceles:

Fidias, llegad a eternizar metales:
prevenid plumas, Cisnes inmortales:

prodigad, Musas, cantos y laureles.

Seréis divinos, cuanto seáis más fieles 5
pintando, ya de Galia en los umbrales,
al Cid britano; y de pavor mortales
huyendo de él los vándalos crueles.

Unid al cuadro en mágicos colores
la independencia hispana, y su alta gloria, 10
como hermanas gozándose entre flores.

Y si queréis más timbre a su memoria,
llamadle vencedor de vencedores;
y a su triunfo victoria de Vitoria.

Sobre el modo grosero con que algunos periodistas extranjeros hablaban acerca de los
asuntos de España en el año de 1810

Soneto

¡Tres años de proezas singulares,
sitios, asaltos, lides carniceras,
en que del Corso las legiones fieras
el acero español siega a millares!

Hallarse, Iberia, yermos tus hogares, 5
o en ellos luto y quejas lastimeras;
¡de tus hijos por todas las riberas
bajando sangre a enrojecer los mares!

¡Ver la flor de Aragón y de Castilla
que al cautiverio la cerviz prosterna, 10
primero que al tirano la rodilla!

¿Y a tanto honor con frases de taberna
la gacetera chusma aún amancilla?...
Raza de Juan Freron serás eterna?

Versos

Con que el numen del autor saludó el primero la feliz restitución del Rey Ntro. Señor Fernando VII, (que Dios guarde) a sus dominios

El regreso de Fernando

A su primera aparición en su real palco del Coliseo de la Cruz

Introducción

ACTOR

Cielos ¡qué miro!... ¡La española escena
de tanta majestad y gloria llena!...

FERNANDO, el deseado, el perseguido,
por quien todo español ha combatido
mostrando entre los bélicos enojos 5
rabia en el corazón, llanto en los ojos!...
¡La joya que la España ha disputado
contra ella a todo el universo armado,
recuperada vuelve a nuestro seno!...
Gracias, eterno Dios, Señor del trueno, 10
y el rayo justo, que lanzó tu mano
para hacer polvo a un pérfido tirano:
gracias, pues tal valor, tanta constancia
conservaste en los hijos de Numancia,
que, con desprecio al enemigo bando, 15
supieron responder: «Muerte, o FERNANDO.»

Volved los ojos; vedle, si un momento
os lo permite el llanto del contento:
él es, sí, el NIETO del augusto Abuelo
por quien las bellas Artes nuestro suelo 20
vieron en mil prodigios floreciente:
la misma majestad brilla en su frente;
a nuestro amor conserva igual derecho;
igual beneficencia en su real pecho.
Aun ausente, mandó en los corazones; 25
y hasta el soberbio autor de sus prisiones,
al ver su porte y su semblante augusto,
decía exclamando entre despecho y susto:
«Mi poder en FERNANDO al fin se estrella,
pues España le adora; y reina en ella.» 30

Pueblo, que le lloraste en tu memoria,
pues le llegaste a ver, canta su gloria.

Su gloria, que es guirnalda de la nuestra,
y con alegre luz también se muestra
en los ojos del caro agosto HERMANO, 35
y el real semblante de su TÍO anciano.

Pero ¿qué versos a su nombre iguales,
de las Musas, qué cantos inmortales
le dirán nuestro amor?... Señor, perdona,
si, por laurel debido a tu corona, 40
repetimos los cantos militares
que hicieron al paisano en sus hogares
impávido arrostrar su adversa suerte,
cantando y peleando hasta la muerte.
Ellos entretuvieron la esperanza 45
de nuestra independencia, y tu venganza;
y el eco del cañón fue el instrumento
con que dimos tu nombre agosto al viento.
Mas escuchad, primero, el dulce tono
con que de corazones en un trono 50
os volvéis a sentar. Y así haga el cielo,
FERNANDO, al fin, que del Íbero suelo
aún la sombra del mal tu nombre ahuyente;
y que brille a los ojos de tu celo
como un prado anchuroso y floreciente; 55
cuando ni nubes, ni vecinos montes
estrechan los serenos horizontes;
donde el sol si se asoma en el oriente
de una cuna de flores se levanta;
en el calor de la ardorosa siesta 60
de flores un océano domina;
y cuando en occidente al fin declina
sobre un lecho de flores se recuesta.

Sigue inmediatamente el himno intitulado Regreso de FERNANDO.

El Regreso de Fernando

Himno

CORO

Vuelve al trono FERNANDO querido,
sube en brazos del pueblo más fiel.
Tú le harás tan feliz, como has sido

sostenido y vengado por él.

VOZ SOLA

Largo tiempo tu ausencia ha llorado 5
la constancia del pueblo español:
no es tan triste a la luna el nublado,
no es tan negro el eclipse en el sol.

Pero ya que tu vista descuella
de la guerra entre el luto y horror, 10
no es tan dulce en borrascas la estrella,
no es tan grata en desiertos la flor.

Deja, deja esa tierra homicida,
que con grillos tu gloria ultrajó,
vuelve, vuelve a esta patria querida, 15
que con sangre tu injuria vengó.

Si ven ruinas al paso tus ojos,
bienes son, que nos trajo el francés:
mas también son sus viles despojos
esos huesos que pisan tus pies. 20

Cuando al margen del Ebro llegares
ten presente, al mirar su raudal,
que no daba el tributo a los mares
sino en sangre enemiga o leal.

Zaragoza te dice humeando 25
que se supo abrasar, no rendir,
y aun de noche «venganza; FERNANDO»
sordos ecos se escuchan gemir.

Mas del pueblo, a quien dio la fortuna
en su seno mirarte al nacer, 30
que de flores cubrió tu real cuna,
y entre abrojos te ha visto crecer;
de Madrid, tal será la alegría,
cuanto fue de perderte el dolor:
mayo solo te acuerda en un día 35
de Madrid la fineza en tu amor.

Al entrar por su puerta dichosa,
entre vivas, y alegre efusión,
¡cuánta vista en el Prado azarosa
turbará tu leal corazón! 40

Aquí fue por FERNANDO el delirio;
por FERNANDO allí el pueblo lidió;

y allá fue de la gente el martirio
que muriendo a FERNANDO invocó.

Mas tu nombre triunfante sonando 45
ya destierra la antigua aflicción,
y a los timbres del quinto FERNANDO
va de nuevo a elevar la Nación.

Al Soldado, que solo en tu nombre
fue terror de la pérfida grey, 50
nada habrá que en el orbe lo asombre
cuando lleve por jefe a su Rey.

Reina, premia, y perdona en la tierra
de quien eres el Iris gentil:
ven a dar nuevo aliento a la guerra, 55
y a enfrenar la discordia civil:

Tú sabrás reprimir la anarquía,
pues en Francia admiraste su error:
tú odiarás la feroz tiranía,
pues sufriste a un tirano opresor. 60

Rompa, ya que tu esfuerzo ha probado,
la desgracia su adverso crisol;
y tu vista a su brillo eclipsado
restituya el imperio español.

Y a los rayos de gloria, que en tanto 65
se difundan del regio dosel,
que se enjuguen la sangre y el llanto
que han regado tu hermoso laurel.

Vuelve al trono, FERNANDO querido,
sube en brazos del pueblo más fiel: 70
tú le harás tan feliz, como has sido
sostenido y vengado por él.

Viendo a S. M. visitar la imprenta real

Gran REY, Vos que con pasos vencedores
del rigor de los hados enemigos,
visitasteis los presos y mendigos,
convirtiendo sus lágrimas en flores:

Ved ya como la prensa en sus sudores 5
prepara a esa virtud fieles testigos:
pues delante de Príncipes amigos
no gime, sino canta sus loores.

El taller de Minerva en un momento
caracteres movibles combinando 10
retrata el fugitivo pensamiento.

¡Ah! Si al de tus vasallos ahora dando
una sola expresión, un sólo acento...
¿Qué dijera el papel?... ¡VIVA FERNANDO!

Ofreciendo al Rey Nuestro Señor un ramillete con su augusto retrato enlazado de corazones
Los jefes principales de palacio, y las oficinas de la real Casa, capilla, cámara y
caballerizas.

Acoged hoy, SEÑOR, grato y benigno
un doméstico don de humilde mesa:
obsequio al fin, que si de Vos no digno,
amor sin tasa y lealtad expresa.

Sí, buen FERNANDO, admite cariñoso 5
nuestro festejo y pobres regocijos,
cuanto es a un tierno padre más sabroso
el pan que come en medio de sus hijos.

Nuestro Jefe, que un tiempo fue testigo
de tu opresión y tu penar injusto, 10
así como el dolor partió contigo,
el Intérprete es hoy de nuestro gusto.

Sencillo amor el plato te sazona:
¡cómo no has de apreciar tan fiel anhelo,
sí, aun primero que el cetro y la corona, 15
un corazón hermoso te dio el cielo!

Tu prisión recordando, y nuestra pena,
corazones enlazan tu retrato;
¿y quién podrá negarse a tal cadena
si no es el corazón de algún ingrato? 20

Tras el pasado luto ¡qué halagüeña

nos colmó tu presencia de alegría!
Feliz la hija del Sol, la hora risueña
que abrió el cancel de tan hermoso día.

En ella vio nuestra esperanza ansiosa 25
lo cerca del dolor que el gusto alinda:
sangre suele costar coger la rosa,
y cuanto cuesta más, tanto más linda.

Así, como a la Reina de los prados,
gozamos al que es REY de nuestras almas: 30
¡oh! dichas mil prodigante los hados;
la Paz su oliva: o la Victoria palmas.

Inscripciones que iban en el ramillete

Para el costado de frente a S. M.

Por los años desdichados
que pasaste en cárcel triste,
y amasado el pan comiste
con sospechas y dolor;
hoy te ofrecen tus criados 5
este ramo que te expresa
ser ya platos de tu mesa
la ternura y el amor.

Para el costado opuesto

¡Cuánto brilla una diadema
en las sienes de un REY justo!
Bien lo ve, FERNANDO Augusto,
quien la adora en vuestra sien.

A esta dicha y gloria extrema, 5
que perdida recobramos,
este obsequio tributamos
en eterno parabién.

Himno de los guardias de la real persona
Al Rey Nuestro Señor, su coronel, en su agosto día

CORO

Relumbre el acero y el casco brillante,
tremolen penachos de palma y laurel;
y en torno a FERNANDO su guardia constante
celebrese el día del gran Coronel.

VOZ

Clarín de la gloria, que al cielo levantas 5
las altas virtudes con eco inmortal,
el REY que adoramos se adorna con tantas,
que a él solo se debe tu eterno metal.

Alarme al Olimpo tu acento, anunciando
la Aurora festiva que hoy vemos brillar, 10
verás las virtudes del cielo bajando
del dulce FERNANDO la sien coronar.

Mas ¿qué nos detiene? FERNANDO querido,
la voz de tus pueblos te basta en loor;
tus Guardias leales por ti han aprendido 15
al son de las armas los cantos de honor.

Seis años nos vimos sin jefe, sin guía,
la muerte mostrando su pálido horror;
tu nombre, que entonces las filas corría,
los pechos llenaba de alegre valor. 20

Así combatimos; y pocos quedamos,
siguiendo animosos tu regio pendón.
Castilla es testigo; sus campos dejamos
manchados con sangre, mas no con baldón.

Si acaso nos cupo destino más grato, 25
y en quietas ciudades fijamos el pie,
tu imagen querida, tu agosto retrato,
guardábamos siempre con celo y con fe.

¡O fe bien premiada! Tras tantos enojos
al fin nos es dado tu vida guardar: 30
tal ceden avaros, entre olas y abrojos,
sus flores el prado, sus perlas el mar.

Festejar tu día se da a nuestro anhelo:
día en que del carro se levanta el sol
a esculpir con oro, por el ancho cielo, 35
«FERNANDO es delicia del Pueblo Español.»
¡De cuán bellas obras seremos testigos!
Ya del solio bajas al triste hospital,
ya estés consolando presos y mendigos,
la cárcel y el foro sorprendiendo igual; 40
dar honra al soldado, de su sangre en fruto;
las artes, las ciencias, la industria amparar;
y del poder regio, por digno atributo,
convencer al reo, y al fin perdonar.

Así de FERNANDO brillante se ostenta 45
la hermosa diadema con tanto matiz:
quien vive en sus leyes, dichoso se cuenta;
quien muere por ellas, aún muere feliz.
Ni que el hado ejerza sus caprichos varios,
ni que la Elba lance su monstruo cruel, 50
si en el orbe encuentra su gloria contrarios,
al orbe enemigo retamos por él.

Genios tutelares, que en su cautiverio
defensores fuisteis de su bella edad,
y que en vuestras alas al hispano imperio 55
con su REY trajisteis paz y libertad:
prodigad hoy rosas a su augusta frente,
y con canto hacedle de celeste voz
olvidar los males que sufrió inocente,
y aún de su tirano la memoria atroz. 60

Inscripciones hechas por el autor
Para los arcos triunfales preparados por la heroica villa de Madrid para celebrar la entrada
de S. M., a su vuelta de Francia.

Sobre el arco de en medio, que era imitación del de Tito en Roma.- Inscripción en prosa.

¡FERNANDO! ¡FERNANDO! ¡FERNANDO!
Elegiste el cautiverio; y abandonar tu cuello inocente
a la cuchilla de un verdugo

antes que derramar la sangre de tu indefenso pueblo.

Pero de este la prodigiosa constancia 5

Fatigó a la ambición misma.

Desmayaron los brazos del atónito tirano.

Madrid decora con el arco triunfal de Tito el camino
de tu libertad.

Entra, y descansa en el trono de tus mayores. 10

Sobre el de la derecha.

Tiniebla y luz a un tiempo, no es posible;
ni estar vicio y virtud al par reinando:
cayó Napoleón, cometa horrible,
y álzase y brilla el astro de FERNANDO.

Sobre el de la izquierda.

Hijos, haciendas, leyes y exenciones,
todo nos lo robó la tiranía:
mas robar no logró los corazones;
y allí FERNANDO oculto residía.

Sobre otro arco junto a la casa de Villa: en nombre del Ayuntamiento.

La cabeza del pueblo, que fue osado
a insultar al tirano en su victoria,
hoy rinde a su Monarca recobrado
homenaje de amor y eterna gloria.

Otra inscripción colocada en una de las rejas de casa del Excmo. Sr. Duque de Alagon.

Ni al nacer más deseado,
ni al vivir más perseguido,
ni a más precio rescatado,
cual tú FERNANDO adorado,
príncipe en el mundo ha habido. 5

Sol eres, que al despuntar
en un mar de llanto un día
España te vio eclipsar;
y hoy vuelve a verte entre un mar
de lágrimas de alegría. 10

A las primeras partidas de campo que se hicieron a Chiclana
Después del largo sitio de Cádiz, y acabados de destruir los campamentos franceses.

Anacreóntica

La primavera alegre

llama con dulce risa
al campo de Chiclana
las gaditanas Ninfas.

Tras los aciagos tiempos 5
en que la guerra impía
las tuvo entre murallas
medrosas y afligidas.

Vedlas correr ansiosas,
y ocupar a porfía 10
las deleznales lanchas,
las ruidosas berlinas.

¡Cual se unen y emparejan
en comparsas distintas
ya que amistad los junte, 15
ya porque amor las guía!

La alegre carga sienten
las lanchas oprimidas,
y remando y cantando
se apartan de la orilla. 20

¡O cuán audaces otras
en leves carros brincan,
y a los fogosos brutos
a la carrera aguijan!

¡Cual por llegar se afanan, 25
y con jocosa grita
al más ligero aplauden,
y al perezoso animan!

Bulle en placer Chiclana
al verse acometida 30
por mar y tierra a un tiempo
de tropas tan festivas.

Sus flores, sus guirnaldas,
y sus verdes colinas
para sus danzas presta 35
para sus juegos brinda.

Todo es allí contento,
todo descuido y trisca;
donde tronaba Marte,
ya solo amor suspira; 40
pues que los sitios mismos
ora al placer dedican
que antes cubiertos vieron
de tiendas enemigas.

Donde asentada estuvo 45
la horrenda artillería
que amenazaba a Cádiz
con espantosa ruina,
ahora se ordenan danzas
de enamoradas lindas, 50
y hacen el son los himnos
que la victoria dicta.

¡Ay! que así se suceden
en esta amarga vida
venturas y desgracias, 55
dolores y delicias.

A completar las nuestras
parece ya se brinda
la risueña esperanza,
que hoy en los cielos brilla. 60

Y de la mano asido,
a nuestros brazos guía
rescatado a FERNANDO
de su opresión prolija.

Palma de tantas lides, 65
premio a tantas fatigas,
nos lo entrega, clamando,
«Triunfaste, España invicta.»

Notas a los recuerdos del Dos de Mayo
¿Al fiel DAOIZ, al leal VELARDE?, pág. 8.

Los valerosos DAOIZ y VELARDE, oficiales del Real Cuerpo de Artilleros, deben ser reputados como los primeros héroes de nuestra insurrección. Fuéronse estos dos distinguidos militares al parque de artillería, donde el ramo de su profesión los llamaba, al tiempo que el mejor batallón de la guardia imperial marchaba para ocupar dicho puesto; y con solos dos cañones que pudieron poner en acción, por largo tiempo contuvieron al enemigo, haciendo en él espantosa carnicería. Al fin, cuando a fuerza de obstinación llegó este al pie de las dos bocas de fuego, su orgulloso comandante intimó la entrega al bravo

Daoiz. La respuesta de este fue dar fuego al último tiro que le quedaba, desenvainar la espada, y arrojarse al francés diciendo: Tú eres quien te has de entregar; pero al mismo tiempo cayó traspasado por las bayonetas enemigas. Su compañero Velarde participó de su gloria en la muerte, como de su heroica resolución en la vida. Este hecho reclama de las bellas artes un monumento que le perpetúe. Mas ¿en qué paraje estará libre de las excursiones del enemigo? -En las ciudades de América, donde sirva de estímulo, y haga cada vez más honrosa y apetecible la fraternidad de los Españoles de ambos mundos.

Mas el error les arrancó el puñal, pág. 9.

El Pueblo de Madrid, después de haber luchado seis horas consecutivas con más de veinte mil hombres, sin contar con cuerpos más numerosos acampados fuera de la ciudad, no suspendió sus hostilidades sino por la falsa promesa que se lo hizo de que los Franceses iban a salir de su recinto: con este engaño se le dispersó; y desarmándolo individualmente, lograron los cobardes prender tantos centenares de valerosos patriotas, que aquella noche fueron cruelmente asesinados a la obscura sombra de las arboledas del Prado, destinadas a recreos de inocencia y tranquilidad.

Esos que veis, que maniatados llevan, pág. 10.

Esta canción, con una música de enérgico y severo gusto, se hizo para el aniversario del Dos de Mayo, que con toda magnificencia fúnebre conmemoraron, en el mismo día dos del año de 1810, los buenos patriotas de Madrid refugiados en Cádiz después de la ocupación de la capital.

Notas a la profecía del Pirineo

Cual si la fuerza suma
de algún Titán lanzara de sus hombros
la mole con que Júpiter le abrumba, pág. 21.

Titán, alguno de los gigantes que finge la fábula atentaron a asaltar los cielos formando una escala de las montañas más altas, y Júpiter fulminándoles sus rayos los derribó,

condenándoles a vivir sepultados bajo de los mismos montes; y se creía que manteniéndose tendidos bajo tan enormes pesos causaban con sus convulsiones y esperezos los terremotos y volcanes.

Hasta Madrid te servirán de guías, pág. 23.

El pueblo de Madrid, alborozado con los sucesos que hicieron subir al trono a su querido Príncipe de Asturias, recibió la tropa francesa con particular cordialidad y ternura, persuadido que sólo habían sido enviadas para sostener y vengar a su nuevo Soberano contra el poder de sus opresores. Se compadecían de la desnudez y cansancio de los jóvenes conscriptos, fatigados de las violentas marchas con que los habían traído con el pérfido fin que en breve se manifestó: hombres y mujeres caritativas salían a los zaguanes con canastos de pan y frutos para regalarlos: lo que prueba la nobleza de tan buen pueblo, que después fue el primero en manifestar su indignación hacia la ingratitud de sus huéspedes, y declararles la guerra más justa de que hay memoria en el proceso de las calamidades humanas.

Ocupan la alta sierra,
que inflama y tuesta el luminar del día, pág. 25.

Alude a la Sierra Morena, cuya falda fue el teatro de la memorable acción de Bailén, en que nuestros batallones veteranos se hallaban reclutados con gente de los cuatro reinos de Andalucía, y el ejército aumentado con nuevos cuerpos formados por los naturales de esta provincia: debiéndose a su Junta todo el conato y atención que nos proporcionaron victoria tan señalada.

Que con puñal en mano
salta a la grupa el leve valenciano, pág. 25.

Cada provincia encontró la ocasión de aplicar ventajosamente las cualidades personales que las distinguen, en ofensa de un enemigo tan aborrecido de todas. Los Valencianos, aprovechando su ligereza natural, alcanzaban en la carrera a la caballería de coraceros del general Moncey, y saltándoles con ligereza de tigres a las ancas, derribaban a puñaladas los jinetes, y se volvían a sus casas dueños de armas y caballos, donde recibían alegres aplausos y parabienes de la gratitud de sus paisanos.

A devastar los campos en que esconde
su raudal Guadiana, pág. 25.

Apenas se hallan expresiones con que alabar el valor y fidelidad de los Manchegos, por cuyas extendidas dehesas pasea su escondida corriente el tortuoso Guadiana (según la expresión del inmortal Cervantes). Mayor celebridad que la que dieron a aquella provincia las hermosas descripciones de tan sublime Autor, recibirá de hoy adelante por la guerra terrible que sus naturales acertaron a hacer a los Franceses, en un terreno abierto por

naturaleza a todo género de excursión, y sin más armas que las de su caza y labranza. Las débiles y movibles espigas les servían de parapetos: de enmedio de ellas no dejaban un paso tranquilo a los convoyes enemigos, por gruesas que fuesen sus escoltas: un fuego mortífero, que parecía desprenderse de las mieses mismas, los aniquilaba bien pronto, y cuanto llevaban en presas, municiones o pertrechos quedaba en manos de tan beneméritos patriotas.

Velos burlar las artes de Vulcano, pág. 25.

La industria catalana, siempre activa e ingeniosa, suministró medios inesperados a la fidelidad de aquella provincia, no obstante que con la sorpresa de Barcelona (fundada según dicen por Barcino) habían quedado inermes sus naturales, y privados del inmenso depósito de sus fábricas bélicas: porque en la acción del Bruch, donde los somatenes, o paisanos mal armados, presentaron batalla campal a las legiones francesas, supieron suplir la falta de artillería con los troncos de los árboles que mañosamente transformaron en cañones; con los que contrarrestaron a los de bronce y hierro con que los Franceses los atacaban.

Al pie de la invencible Zaragoza, pág. 26.

Para Zaragoza no hay elogio proporcionado, sino juntar las ruinas de Numancia y Sagunto, y desde allí afirmar con confianza, que todo es poco, y nada hay fabuloso en materia de heroísmo, cuando se encomienda en manos del Español la causa del honor y la independencia nacional.

Notas al desenfado patriótico

Lo juro por la verde berenjena, pág. 31.

A la nueva institución caballeresca del Rey Pepe se le ha dado, en Madrid, el nombre de orden de la berenjena. Las pruebas que se requieren para cruzarse son el abjurar de su legítimo Rey, y del honor e independencia de su nación. La insignia que se recibe en pago de tanta bajeza es una estrella de vidrio, cuya fragilidad simboliza la duración de la dinastía que la reparte, y la vileza del material iguala a los que tanto la apetecen con los Indios bravos, que empiezan a vender su independencia por unas cuentas de vidrio.

Doctor Jarabes, ¿qué furor es ese? pág. 32.

Por lo regular eligen los Franceses para emisarios aquellos partidarios suyos, que en sus modales tienen mucho de lo que solemos llamar por acá mónita, a fin de que su aire halagüeño y palabras blandas introduzcan la debilidad del ánimo, y le dispongan a recibir el terror que necesitan. De aquí viene la denominación de Jarabes, que les comprende a todos.

Ayer para escribir lo que se piensa
clamó esa voz por libertad de prensa, pág. 35.

Véase la memoria sobre la libertad política de la prensa escrita por uno de estos emisarios, y publicada pocos días antes de la entrada de los Franceses en Sevilla.

El Macedón y el Cínico severo
se van de brazo por el mundo entero, pág. 36.

Es harto célebre la visita que el Macedón Alejandro hizo al cínico Diógenes, quien le recibió desde su cuba. Pero es de advertir que no tuvo el conquistador la presunción de echársela de filósofo al encubado, sino que haciendo diferencia entre la práctica de todas las virtudes pacíficas y el ejercicio de todas las artes de destrucción, dijo que si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes. Ahora nos quieren hacer tragar un Alejandro a filosofado!...

Nota al Himno de la Victoria

La sombra de Alfonso
con iras más bravas,
su gloria en las Navas
defiende en Bailén, pág., 48.

Las mismas aclaraciones puestas a la oda anterior deben servir para este himno, en que se celebran los mismos hechos aunque con diferentes imágenes, y en el estilo y metro conveniente a la bella música en que está puesto por D. Fernando Sor. Solamente se hace alusión particular en esta estrofa a la circunstancia de haberse ganado la victoria de Bailén casi en el mismo terreno y época en que se consiguió la de las Navas de Tolosa por Alfonso VIII de Castilla.

Poesías patrióticas
Juan Bautista Arriaza

Advertencia

Hallándose concluida la edición hecha en Londres de estas poesías en el año de 1810, y continuando en solicitarla el público, se hace esta reimpresión con el aumento de los versos compuestos después de la feliz restitución del REY nuestro Señor a sus dominios; y conservando el mismo discurso que sirvió entonces de prólogo, por el honor que al autor le resulta de haberlo escrito en tan críticas circunstancias.

Discurso preliminar

Escrito en Londres para la edición que se hizo allí de estos versos, con la mira de contribuir a la mayor reunión de los Españoles en ambos mundos.

Dulce y provechosa tarea debe en realidad considerarse en todo racional viviente, que por singularidad de su destino se encuentra separado de su Patria, el dedicar en honor de ella algunos ratos ociosos esmerándose en realzarla y acrecentar su estimación aun a los ojos de aquellas gentes de quienes disfruta el hospedaje. Desahogo necesario a todo corazón honrado de un íntimo sentimiento impreso por la naturaleza, que progresivamente nos hace contraer el hábito de estimar y preferir los objetos que nos rodearon en la cuna, o nos acompañaron en nuestra educación; y afecto en fin, tan generalizado en los hombres, desde el salvaje hasta el más civilizado, que casi pudiera clasificarse entre los monstruos el que llegase a desmentirlo. Todos aman preferentemente a su Patria, aun en medio de peculiares conveniencias que les proporcione la ajena; y todos se esmeran por sacarla aventajada en aquellos objetos de competencia, que ocasiona la variedad de suelos, climas, producciones y cultura.

¡Quién será pues el que no conozca que es honrarse a sí mismo el tributar honor a la sociedad en que ha nacido! Mas a pesar de lo natural y común que es en todos los hombres este sentimiento patriótico, parece haber épocas en que con mayor satisfacción y vanagloria se complace uno en revestirse y hacer alarde de la divisa de su Patria; y son aquellas en que

en virtud de circunstancias políticas y extraordinarias resplandecen con más energía las cualidades más hermosas del carácter nacional. Tales son las que en el día mantienen arrebatada la atención de la Europa hacia la Península española; asaltada y sorprendida, pero de ningún modo rendida ni esclavizada, por un enemigo alevoso, y tan terrible al mismo tiempo, que con menos astucia y fuerza había logrado someter a su dominio las naciones más belicosas del continente. ¡Quien será el Español que en tan señalados y gloriosos días, sea cual fuere la región del mundo que habite, no se precie de repetir: «Yo soy nativo de aquellos terrones privilegiados en que las ominosas banderas de la tiranía no alcanzaron a difundir la fría sombra del miedo; ni sus infernales astucias encontraron credulidad en la perspicacia natural de que dotaron los Cielos al más sencillo de sus pueblos: yo soy hermano, paisano o consanguíneo de aquellos indomables patriotas, sensibles al honor de la independencia, y fuertes contra todo género de adversidad, cuyos nombres resuenan en los desapiadados oídos del Tirano para colmar de rabia sus entrañas, y que si el dueño se los repite es para hacerle dar vuelcos de desesperación en el lecho!» Basta haber heredado una sola gota de sangre española para inflamarse en la satisfacción de pertenecer a una nación, única en el atrevimiento de oponer a la usurpación los brazos desnudos de todas armas, y que por el largo espacio de tan desigual contienda hace palpables a la incredulidad de este siglo fenómenos de heroísmo que de los antiguos nos muestran con desconfianza las páginas de la Historia.

Gloria eterna a cuantos leales compatriotas nuestros sepan apreciar el valor y la energía de su suelo; y confusión perpetua y execración a las almas bajas, que instigadas de un interés personal se dedican a menoscabarla, realzando las flaquezas de la humanidad para denigrar el cuadro de tantas virtudes brillantes; o consolando a los extraños de la, tal vez, involuntaria admiración que prestan a nuestra patria con la exagerada pintura de nuestros errores políticos. Defectos que a la verdad, por importantes que se les considere en el curso natural de las cosas, no incluyen tan rigurosa trascendencia en una revolución extraordinaria, cuyos maravillosos sucesos ni fueron capaces tan officiosos detractores de pronosticar a su tiempo, ni es fácil en el día determinar su influencia hasta el resultado de la contienda que ha desconcertado los cálculos de los más sagaces estadistas.

Rayar en lo extraordinario ha sido siempre atributo peculiar de la bizarría española. Y así como en aquellos días de nuestro antiguo esplendor, y delante del carro en que llevábamos victoriosos por la Europa los derechos de nuestro Soberano, hicimos doblar la rodilla a los Landgraves, Electores y Monarcas de los mismos pueblos que ahora componen los ejércitos de Bonaparte; mientras que por otro lado sorprendíamos la expectación de los sabios añadiendo a su conocimiento una nueva parte del globo, donde con pocos pero valerosos medios extendimos la dominación, que hizo a tantos pueblos partícipes de las luces y civilización europea; del mismo modo, en los días de nuestro reposo político o decadencia conserva nuestra reacción el mismo carácter de singularidad: y sola la España en el conjunto de tantas gentes oprimidas no necesitó de impulso ni dirección de parte de gobierno alguno; sino que por unánime clamor de cada provincia, cada ciudad y cada individuo español se opone, resiste, pelea, y llegará a vencer sin duda. Cien batallas presentadas por las medidas y reglas de la ciencia militar, en que fundaban sus combinaciones los políticos rutineros, no han bastado, por desgraciadas a nosotros, a consolidar las ventajas de la dominación francesa: porque cien mil encuentros particulares, en que los españoles han peleado brazo a brazo con sus contrarios, van cerrando con los

cadáveres de estos mismos los pasos que osaron adelantar triunfantes, y despedazan a menudos jirones el vasto y asombroso estandarte del Tirano. Si vemos prevalecer y sernos útil este género de guerra, hijo del rencor individual, y para el que la naturaleza dota a todas las criaturas de la aptitud suficiente, ¿no habrá un género de malignidad en vociferar la importancia absoluta de los desaciertos de aquellos gobiernos que en momentos de tribulación hayan querido reconocer los pueblos, mas bien diré por manifestar a los extraños su amor a la subordinación y al orden, que porque en ellos fundasen las esperanzas del éxito de su empresa? En último resultado el Español las cifra todas en su propósito de no someterse a un yugo; y los reveses y espantosas calamidades que experimenta no sirven sino de embravecerlo, y sugerirle medios de burlar el arte de sus tiranos a fuerza de arrojo y desesperación.

Conservándose vivos en el Autor de estos versos los mismos sentimientos que excitó en todos los Españoles el atentado notorio de Napoleón contra nuestra amada Patria, y testigo ocular de sus primeros efectos en la sangrienta jornada del dos de Mayo, no podía menos de dedicar algunos rasgos de un numen, alentado en tiempos más felices por la indulgencia de sus conciudadanos, en recomendar a la poesía las primeras proezas del heroísmo, cuando la victoria, esclavizada también hasta aquel día, no pudo menos de coronar a un tiempo el valor y la justicia. Unió su voz con la de otros más favorecidos de las Musas; y en los rasgos más breves y enérgicos que supo retrató aquel maravilloso conjunto de hechos gloriosos, que a competencia obraron las provincias invadidas de la Monarquía. Con ellos alentó el valor de nuestros primeros defensores, y estimuló el de muchos que luego les sucedieron, pronosticando el término feliz de sus trabajos, y la ruina del Tirano en la oda intitulada . Celebró luego en el la triunfante entrada de nuestras tropas en Madrid, y la fuga del usurpador, resultado de la asombrosa acción de Bailén, en que veinte y tres mil veteranos, revestidos de los laureles de Marengo, Austerlitz y Jena, rindieron sus armas, banderas y ricas depredaciones a los pies de nuestras honradas columnas, compuestas en la mayor parte de paisanos cubiertos aún del polvo y del sudor de la labranza. Con la canción intitulada aspiró a reanimar el espíritu público desde aquel estado de tristeza en que naturalmente debía haberle sumergido la inconstancia de las armas en la batalla de Medellín; y reunido sucintamente en tan pocos versos cuanto pareció debía mover a los corazones honrados, corrió de boca en boca auxiliada de la música a renovar el ardor marcial en nuestros afligidos hogares. El lamentable suceso del dos de Mayo le dejó trazado en el sucinto cuadro de una canción elegiaca intitulada &c., si no con sublimidad elocuente, a lo menos con la sentida expresión de quien fue testigo de aquel acto cruelísimo, que vino a ser como el cráter del volcán en que se inflamó después toda la España. Y en fin, para que la poesía satírica alcanzase parte en la defensa del verdadero patriotismo, retrató con los colores del ridículo la infame conducta de aquellos Españoles indignos que vendieron al enemigo la libertad de su Patria, y hasta la sangre de sus conciudadanos, por engrandecimientos personales; premios que hubieran podido merecer honradamente de la gratitud nacional.

Nos ha parecido que un átomo de utilidad, que se pueda seguir al bien de la Patria por la publicación de un escrito no debe desperdiciarse; y por lo tanto que era justo condescender con los deseos de algunos buenos patricios de querer ver reunidas estas composiciones. De aquí procede el publicar un cuaderno de tan corto número de versos, con el objeto de que en cualquiera parte del mundo donde los lleve su fortuna (ya que, merced a la grandeza de

ánimo de nuestros antepasados, apenas puede señalarse alguna donde no suene entendida y ejercitada la hermosa lengua castellana) sirvan de recordar a cuantos les fuese natural el hablarla, que no son ni deben gloriarse de ser sino primitivos españoles: que los nombres de que se apellidan son tomados de los mismos montes, valles o poblaciones defendidos ahora a precio de arroyos de sangre por sus hermanos en Europa: que mantener independiente y libre la cuna de nuestros abuelos es una obligación sagrada y común a cuantos Españoles vivimos esparcidos por la superficie del globo: que la casualidad de haber nacido a grandes distancias de la madre Patria no autoriza la cobardía de abandonarla en su conflicto; ni da derecho a los hijos que ella generosamente envió a que disfrutasen de la vasta variedad de sus dominios, a prevalerse de su triste situación, y desmembrarla de sus únicos brazos libres, dando lugar con este auxilio a que el Tirano la despedace interiormente: que si la sangre hispana de que se alimentan sus venas no se ha desnaturalizado todavía, jamás podrá conformarse con la idea de tan horrible complicidad; pues sus padres como verdaderos Españoles les han transmitido la obligación de ser los primeros guardas y conservadores de la soberanía del Rey en el nuevo mundo, y no el derecho de emancipación, que en todo caso solo pertenecería a los moradores indígenas. Sería vergonzoso que los primeros, enriquecidos por los favores y las luces de la Metrópoli, fuesen a dar lecciones de insurrección y desobediencia a estos últimos, que en virtud de las leyes más suaves y sabias que ninguna nación haya dado a sus colonias, viven tranquilos, sumisos, y disfrutando a un tiempo de la sencillez de sus antiguas costumbres, y de los adelantos comunicados por la cultura de los descubridores. La discordia, el desmembramiento en pequeños trozos de tan poderoso imperio, y sobre todo la horrible guerra civil sería el donativo con que premiarían la docilidad de los Indios; y cualquier habitante de Europa, aleccionado por los horribles sucesos del día, se halla en el caso de aconsejar a los que no les alcanza este azote, que vale más esperar del tiempo la enmienda de los abusos, que arrancarla violentamente de las manos sangrientas de la menor revolución.

¡Ay! guárdese cualquiera de esos especuladores más que especulativos filósofos de atizar desde el rincón en que los tiene guarecidos su indolencia, o su timidez, tantos principios de animosidad, tantas semillas de discordia como existen esparcidas por el suelo de nuestra dominación; donde, si bien amortiguadas por la unidad de un sabio sistema político, se dejan distinguir en los colores de tantas razas distintas; guárdense, digo, de comunicarles el calor que exalta a sus cabezas en los libros, y desampara a su corazón en los desastres a que condenan a sus hermanos. Antorchas de la discordia se podrán llamar sus plumas: Napoleón se dará por bien servido de sus conatos: ya por lo que se conciertan con su teoría de dividir para mandar; ya por lo que le proporciona la horrible venganza de ver destrozado y subvertido todo cuanto le resiste. El triunfo de la barbarie, que se señoreó en Santo Domingo, se reproducirá por todas partes con jornadas más sangrientas: las castas más multiplicadas, prevaleciendo en fuerza por efecto de su rusticidad de costumbres, sofocarían igualmente las luces que les dictaron leyes, y las que les movieron a la insurrección; y el piélago de sangre en que se inundarían tan infelices comarcas, solo se vería interrumpido en su roja superficie por los blancos cadáveres de cuantos mostrasen en su fisonomía el origen europeo. Tal será el resultado de la envidia, la codicia o la ambición individual con que se aspira a enajenar de la España lo que ella sola ha sabido adquirir, ilustrar y mantener con sabias instituciones. Entre tanto no podrán menos de reputarse agentes principales en la ruina de la antigua España cuantos, fomentando querellas, y despertando resentimientos en circunstancias tan críticas, concurran a disminuir su reacción

con el desmembramiento de tan magnífica masa; porque al fin el desaliento podía ser la consecuencia de su desesperación: viniendo en fin a verificarse por la deserción de los hijos lo que no ha podido llevar al cabo Napoleón ni con sus astucias ni con la violencia de sus armas.

Vayan pues estos versos a recordar, en cuanto alcancen, tan legítimos sentimientos en todo corazón bien formado, en toda alma española capaz de sentir su dignidad nacional en desprecio de sugestiones de la emulación extranjera; y su Autor agregará este timbre al que le resulta de haber merecido por ellos la rabia y persecución del enemigo.

Londres 13 de Noviembre de 1810.

Sentimientos de la España
Al tiempo de la partida de su legítimo Rey.

Soneto

Triste la España ¿adónde vas ?
al hijo fugitivo dice ansiosa;
y él sigue, y deja de su madre hermosa
llevar los vientos el acento blando.
Ya la materna falda abandonando
pisa de Francia la ribera odiosa;
y aún está oyendo aquella voz piadosa
que le repite ¿adónde vas? llorando.
No ve ya al hijo la infeliz matrona:
mas su voz oye, que con regio brio
dice: Tirano, es mía esa corona.
Ella, al primer dolor, gritó ¡hijo mío!
Mas luego, vuelta al Déspota en Bayona,
Dame a , exclama, o tiembla impío!

El dos de mayo

La escena representará un campo con grupos de árboles, y algunos asientos rústicos en que aparecerán sentados los que han de cantar el himno, en traje de luto, figurando el pueblo. A la derecha, y bastante adelantadas hacia el proscenio, se descubrirán dos urnas sepulcrales, en una de las cuales se leerá en letras de oro , y en la otra . A la izquierda y hacia el foro se verá un arco o portada en cuyo frontis esté escrito Parque de Artillería. Al fondo tropa de aquel cuerpo formada en batalla. Por un bastidor adelantado saldrá el primer actor en traje de Oficial General español, y como absorto en una meditación profunda, después de haber tocado la orquesta algunos compases de un adagio patético, empezará el

monólogo, y no fijará la atención en los objetos que lo rodean hasta el redoble de tambores que sonará a su tiempo.

Introducción

Silencio y soledad, fuentes ocultas
de la meditación, ¡con qué recuerdos
volvéis a contristar en estos días
de un fiel patriota el noble pensamiento!
Ahora que el sol a las nocturnas sombras 5
la posesión del mundo va cediendo;
que las aves desmayan en sus cantos,
y la humana inquietud busca el sosiego;
las memorias ilustres de la Patria,
sus desastres, su gloria y sus trofeos 10
van precediendo al carro de la noche,
nuestra mente ocupando en el silencio.
Brillantes fastos de la ilustre Iberia
¡oh cuánto adornaréis el claro templo
de inmortal fama, conservando impresa 15
la actual historia del hispano pueblo!
En nada ceden los presentes días
en amor patrio y memorables hechos
a los que vieron con asombro al mundo
los Pelayos, los Cides y Toledos. 20
Testigos sois ¡oh ruinas de Gerona!
De Zaragoza ¡oh venerables restos!
Lauros de Talavera y de Arapiles,
y palmas de Baylen, más puras que ellos.
Vosotras duraréis, doradas tablas 25
que en el vasto Océano de los tiempos
librarán del naufragio a tantos héroes
que en vuestros campos con honor murieron.
No las sumergirá profundo olvido,
no del tiempo la hoz... ¡Pero qué veo! 30
No estoy solo... Las tropas reunidas
del trémulo atambor al ronco estruendo...
Curiosa multitud, que en torno llega
a contemplar dos fríos monumentos...
¡Qué dice en el semblante del soldado 35
tristeza unida al militar silencio!
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!
¡Qué dice el traje lúgubre del pueblo!
y ... ¡Oh malogrados

en flor de juventud! nobles guerreros, 40
como Eurialo y Niso en vida unidos,
como Eurialo y Niso en gloria muertos.
¡Cuándo brilló más puro el patriotismo
que cuando, sin deber, y sin precepto,
a inevitable muerte os entregasteis 45
por no ver en afrenta el patrio suelo!
Mil aceradas puntas requerían
una sola bajeza a vuestros pechos,
abrieron, sí, mil puertas a la muerte;
más nada hallaron sino honor en ellos. 50
Ahora, a glorioso polvo reducidos,
en esos vasos fúnebres os veo,
donde arrancáis suspiros al soldado,
y el llanto varonil es vuestro riego.
¡Ah mejor que en las urnas, vuestros nombres 55
en el nocturno pabellón del cielo,
van a resplandecer, signos de gloria,
siguiendo el rayo del planeta hisperio...
¡Mas ay! también a vuestra fama unido
luce aquel día atroz... Mayo risueño, 60
aparta de él tus flores. De laureles
cúbrela solo, y de ciprés funesto...
 ¡Día terrible, lleno de gloria,
 lleno de sangre, lleno de horror,
 nunca te ocultes a la memoria 65
 de los que tengan patria y honor!

Aquí empieza la orquesta a tocar el himno, y el coro repite por tema los cuatro últimos versos. Siguiendo después el actor declamando cada una de las estrofas, y cantándola las voces.

Este es el día que con voz tirana
ya sois esclavos la ambición gritó;
y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
muertos sí, dijo, pero esclavos no. 70
El hueco bronce, asolador del mundo,
al vil decreto se escuchó tronar:
mas el puñal, que a los tiranos turba,
aún más tremendo comenzó a brillar.

¡Ay cómo viste tus alegres calles, 75
tus anchas plazas, infeliz Madrid!
En fuego y humo parecer volcanes,
y hacerse campos de sangrienta lid!
La lealtad, y la perfidia armada,
se vio aquel día con furor luchar; 80

volviendo el pueblo generosa guerra
por la que aleve le asaltó en su hogar.

¿Y a quién afrentas proponéis, tiranos?
¿A quién al miedo imagináis rendir?
¿Al fiel , al leal , 85
que nunca saben sin honor vivir?

El mundo aplaude su respuesta hermosa:
tender el brazo al tronador metal,
morir hollando sus contrarios muertos,
y ser de gloria a su nación señal. 90

Temblando vimos al francés impío,
que en cien batallas no turbó la faz,
de tanto joven, que sin armas fiero,
entre las filas se le arroja audaz.

Víctimas buscan sus airadas manos, 95
mas el error les arrancó el puñal;
y ¡ay! que si el día fue funesto y duro,
aún más la noche se enlutó fatal.

¡Noche terrible, el angustiado padre
buscando el hijo que en su hogar faltó! 100
¡Noche cruel para la tierna esposa
que yermo el lecho de su amor se halló!

¡Noche fatal, en que preguntan todos,
y a todos llanto por respuesta dan!
Noche en que truena de la Parca el fallo, 105
y ¡ay! dicen todos, ¡quiénes morirán!

Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
pues sois modelos de filial piedad,
los ojos, llenos de ternura y gracia,
volved en llanto a la infeliz ciudad; 110

Ved a la muerte nuestros caros hijos
entre verdugos el traidor llevar;
y el odio preste a vuestros ojos rayos,
si de dolor ya no podéis llorar.

Esos que veis, que maniatados llevan 115
al bello Prado, que el placer formó,
son los primeros corazones grandes
en que su fuego libertad prendió:

Vedlos cuan firmes a la muerte marchan,
y el noble ejemplo de morir nos dan; 120
sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
sus almas libres al Empireo van.

Por mil heridas sus abiertos pechos
oíd cual gritan con horrenda voz:
«Venganza hermanos; y la madre España 125
nunca sea presa del francés feroz.»

Entre las sombras de tan triste noche
este gemido se escuchó vagar:
gozad en paz ¡oh del suplicio gloria!
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar. 130

CORO

¡Noche terrible, llena de gloria,
llena de sangre, llena de horror,
nunca te ocultes a la memoria
de los que tengan patria y honor!

En honor

Del cuerpo de artillería

Gloria al cuerpo, que el primero
por la boca de un cañón
respondió a Napoleón
«Obedecerte no quiero.»
Pues ese incendio guerrero, 5
que ya en todas partes arde,
y aterra al Corso cobarde,
todo es efecto del rayo
disparado en dos de Mayo
Por y . 10

El hogar patriótico

O los tres estilos

Sirve de introducción a la , el , y el . -La escena representa lo interior de un cortijo de Andalucía, situado junto a Chiclana, donde se figurará un grande hogar, alrededor de él estarán sentados varios mozos de campo, y mujeres ocupadas en toda clase de faenas o

labores caseras. En puesto preferente estará sentado Anselmo, labrador acomodado, su traje decente, de campo, a estilo andaluz: carácter franco y formal. Sus dos hijas Currita y Elena, vestidas a la labradora, y ocupadas una en coser, y otra en avivar el fuego, deben cantar al último: su carácter sencillo y suave. Álvaro, huésped en la casa, bien vestido, con marsellé, botines, y demás arreos del traje andaluz, carácter honrado, pero manejando alternativamente el estilo irónico y el serio. Finalmente, el solitario Leonardo debe figurar en su traje una especie de ermitaño: ropa talar, de color pardo, ceñida por la cintura, la barba larga, cayado y sombrero chambergo: carácter tétrico, pensador, abstraído, el habla cortada y misteriosa, y hablando en tono de inspirado. Esta composición puede servir de muestra de los tres estilos de Poesía lírica. El sublime en la , que se escribió en el año de 1808: el jocoso en el Diálogo entre el , escrito en 1810; y el lírico ligero en la canción de , compuesta en la triste situación de España después de la fatal batalla de Medellín.

INTERLOCUTORES

ANSELMO, labrador acomodado.

CURRITA

ELENA Sus hijas.

ÁLVARO, patriota acérrimo.

EL DOCTOR JARABES, emisario.

LEONARDO, solitario.

Comparsa de aldeanos y labradores vestidos con aseo.

El hogar patriótico

ANSELMO, ÁLVARO, CURRITA, ELENA, y varios mozos de labranza y aldeanas.

ANSELMO ¡Buen frío! vaya, señores,
que el invierno bien se explica.

¿Qué haces que no echas más leña
en ese hogar? ¿eh, Currita?

CURRITA Ya voy, padre: a tal faena 5
no hay brazos que ya resistan.

Dos cargas llevo gastadas,
y aún no se ha acabado el día.

En el corral queda poca;
y el cuento es que no hay quien siga 10
en ir a buscarla al monte,
porque están esas campiñas
inundadas de franceses.

ÁLVARO ¡Que esa canalla maldita

se haya al fin de haber colado 15
en la hermosa Andalucía!...

Es cosa de darse al diablo.

ELENA ¿Se acuerda Vmd. que en Sevilla
Franceses?... aquí no cuelan.

Todo el mundo nos decía; 20
pues a fe que ya hay franceses
sobre la Giralda misma.

CURRITA ¡Mal haya quien nos los trajo
del mar a la propia orilla,
donde la alegre Chiclana, 25
Sanlúcar, Santa María
les sirvan de campamentos!

ANSELMO Ellos pararán, Currita,
porque cuanto más se extienden,
tanto más se debilitan. 30
Si las ciudades los sufren,
los campos los desafían;
y al cabo jamás son dueños
sino del suelo que pisan.

CURRITA (Con sensibilidad.)

Pero en tanto, padre mío 35

¡Qué de sustos y fatigas
no caerán sobre nosotros!
¡Qué de familias perdidas,
buscando, como las fieras,
en las montañas guarida! 40

¿Y acaso hay sitio seguro
de la barbarie enemiga?

En las ciudades saquean,
en los campos asesinan,
y en todas partes destruyen, 45
infaman y tiranizan,

¡Ah bárbaros! ¡ah crueles!

ANSELMO Confiemos en Dios, hijas,
pues tan hermosa es la causa
que defendemos, tan digna 50
del brío español, que es fuerza
que Dios por suya la elija.

CURRITA Sí señor, ese es el tema
con que siempre nos replica
este solitario triste 55

de grave fisonomía,
que está de huésped en casa.

Bien pocas son las palabras
que gasta; más en su misma
tristeza cuanto nos dice 60

siempre esperanzas respira
de que al fin de Bonaparte
triunfará la España invicta.
Ayer mismo, estando juntos
muchos mozos de la quinta, 65
de los sucesos de España
nos hizo una profecía,
que mal año al vil tirano
si alguna vez se realiza.
Pero allí viene. ¡Ay, señor! 70
Haced que nos la repita.

(Entra el solitario LEONARDO, y saluda sin hablar, y solo inclinando la cabeza.)

ANSELMO ¡Ola! buen Don Leonardo,
también parece os convida
el tiempo a buscar la lumbre.
¿Tenéis frío?

LEONARDO Cuando agitan 75
el alma recias borrascas,
en que la patria peligras,
poco se apercibe el cuerpo
de los rigores del clima.

ANSELMO También para el que está hecho 80
a pasearse en las cimas
de los fríos Pirineos,
donde yelo se respira,
poco importan los inviernos
de la bella Andalucía. 85

LEONARDO (Con aire distraído.)
¡Cuándo volveré a vosotras,
o cumbres encanecidas
de nieve, secreto abrigo
de mi solitaria ermita!
¡O sublimes compañeras 90
de mi retirada vida!
Como nunca el cortesano
con soberbia planta os pisa,
en vos la lisonja muere,
y la inocencia respira. 95
Vosotras, no las ciudades
ruidosas y corrompidas,
por más, vecinas al cielo,
nobles montañas, sois dignas
de los oráculos grandes, 100
que revelar a mi vista

quiso una vez...
CURRITA (Con viveza.)
Padre mío,
haced por Dios que los diga.
ANSELMO Vaya, señor Leonardo,
bien sabéis cuán productivas 105
son las sublimes ideas
de una ardiente fantasía
para infundir fortaleza
en las humanas desdichas.

LEONARDO (Con fuerza.)
No son fantasmas ilusas 110
las que yo vi: mi pajiza
cabaña del Pirineo
no sufriera la mentira,-
de los destinos de España
el cielo se dignó un día 115
hacerla templo, o morada
de verdadera Sibila.-
(Con tono de inspirado.)
Oídmme... Oídmme... Os lo digo
como lo vi; y es la misma
verdad, como por el dedo 120
del destino se halla escrita
en páginas indelebles
del libro eterno de vida.

(Aquí hace una breve pausa, y sentados todos alrededor de él sigue declamando,

.)

Profecía del Pirineo

ODA

Como con rabia interna,
y centellantes ojos, asomado
al escabroso umbral de su caverna,
acecha el tigre al tímido ganado,
que por la yerba mueve 5
su pie lascivo y su vellón de nieve:

Así aquel vil tirano,
que ensangrentó el dosel de Clodoveo,
al tiempo de estampar el pie inhumano
en la falda del alto Pirineo, 10
devoraba a la España
con ojos llenos de perfidia y saña.

Ya era pasado entonces
el día atroz, que guardará esculpido
el triste Averno en sus ardientes bronce; 15
y en que robando a un Príncipe querido
dejó en dolor profundo
huérfana a España, horrorizado al mundo.

Y cuando en pie se erguía
por ver, desde Pirene al mar de Atlante, 20
la extensión de la hispana monarquía;
girando en torno el lívido semblante,
de compasión ajeno,
en que escupió la envidia su veneno;

Ved, que sobre una cumbre 25
de aquel anfiteatro cavernoso,
del sol de ocaso a la encendida lumbre
descubre alzado un pálido Coloso,
que eran los Pirineos
basa humilde a sus miembros giganteos. 30

Cercaban su cintura
Celajes de occidente enrojecidos,
dando expresión terrible a su figura
con triste luz sus ojos encendidos;
y al par del mayor monte, 35
enlutando su sombra el horizonte.

Cual si la fuerza suma
de algún Titán lanzara de sus hombros
la mole con que Júpiter le abruma;
tal le creyó, mirándole entre asombros, 40
el Corso anonadado;
que no hay decir cómo quedó -parado.

Pavor mortal le asalta:
fijos los ojos, más sin furia en ellos;
la boca abierta, mas de aliento falta; 45
duramente erizados los cabellos

en su frente confusa,
cual víboras del casco de Medusa.

Y luego del membrudo
espectro oyó salir no ronco acento, 50
que hirió los valles cóncavos tan rudo
cual si exhalara el ábrego en su aliento;
cuyo son pavoroso
revoca el eco trémulo y medroso.

«¡Napoleón! (tronando 55
sonó la voz) ¡Napoleón, ¿en dónde
la majestad augusta de FERNANDO
tu perfidia escondió? traidor, responde
del que llamaste hermano;
te buscó grande, y te encontró villano! 60

Él se entregó a esos brazos
que como los de un héroe le tendiste;
magnánimo y leal cayó en tus lazos;
la máscara que hipócrita vestiste
sereno al punto arrojas, 65
y de corona y cetro le despojas.

¡O complemento al crimen
que te sentó y acompañó en el trono!...
¿Mas piensas tú que sus vasallos gimen
desmayados en mísero abandono; 70
o que se entregan viles
como grey sin pastor en tus rediles?

Tiende esa vista fiera,
dale apacible pasto recorriendo
ensangrentada y yerma la carrera 80
que van tus huestes bárbaras siguiendo:
robos y alevosías,
hasta Madrid le servirán de guías.

Gózate al ver cubiertas
sus calles de cadáveres helados, 85
conservando tal vez sus manos yertas
aún el pan ofrecido a tus soldados;
que a tanta dicha alcanza
el galardón ¡traidor! de tu alianza.

Mas ¡ay! solo a ti mismo 90
tus arteras perfidias son fatales:

la indignación despierta al heroísmo;
tus grillos se convierten en puñales;
ruge el león de España,
al rojo humor que sus guedejas baña. 95

Y oye que el gran rugido
es ya trueno en los Campos de Castilla,
en las Asturias bélico alarido,
voz de venganza en la imperial Sevilla,
junto a Valencia es rayo, 100
y terremoto horrísono en Moncayo.

Mira en haces guerreras
la España toda hirviendo hasta sus fines,
batir tambores, tremolar banderas,
estallar bronces, resonar clarines; 105
y aun las antiguas lanzas
salir del polvo a renovar venganzas.

Suelta la dura reja
el labrador por la fatal cuchilla:
el tierno esposo a su familia deja: 110
besa la madre al hijo en la mejilla,
le arma el brazo inexperto,
y le dice al partir: vengado, o muerto.

¡Oh maldad! ¿y aún mantienes
en esas duras manos firme el yugo 115
que a la española lealtad previenes?
Si en cada huésped dístela un verdugo,
ya, contra sus furores,
se levantan mil brazos vengadores.

Ocupan la alta sierra, 120
que inflama y tuesta el luminar del día,
bravos hijos del Betis y la guerra:
y ya aquel que tu Aníbal se decía,
más que en gloria, en engaños,
se humilla al pie del Escipión, CASTAÑOS. 125

¿Qué es de la legión fiera
que arrostró de Valencia la muralla?
Huye, y huyendo es vana la carrera
de veloz bruto, y la acerada malla,
que con puñal en mano 130
salta a la grupa el leve valenciano.

Mira ya a los que obligas
a devastar los campos en que esconde
su raudal Guadiana: que entre espigas
vuela la muerte sin saber de donde: 135
¡y cuan tremendo Marte
los asalta sin trompa ni estandarte!

Si sorprendiste, en vano,
a la industriosa gente de Barcino:
velos burlar las artes de Vulcano, 140
y entre sus manos horadando el pino,
con ecos victoriosos
hacen callar tus bronce horrorosos.

Crezca en fin tu despecho
al pie de la invencible Zaragoza: 145
¡Cuál tus furias la hostigan sin provecho!
¡Cuál las confunde!; ¡cómo las destroza!
Oponiendo constante
brazos de hierro y pechos de diamante.

¡Qué es a ellos la arrogancia 150
de los fieros ministros de tu fraude,
si en tanto de los héroes de Numancia
desde el Olimpo un coro les aplaude!
Sobre sus sienes fieles
lloviendo a un tiempo bombas y laureles. 155

Pero ya la gallarda
gente no sufre coto; y cual granizo
se precipita de la nube parda,
cuando al sonoro trueno se deshizo
tal se arrojan veloces 160
a derrocar tus águilas feroces.

Oye en tu sordo grito
el fallo de tu ruina; y ve en su frente
que el dedo de las Furias les ha escrito,
Venga a tu hermano, que murió inocente; 165
ni los manes reposan,
que por el aire errantes les acosan.

Sí: ya llega bramando
como huracán la nacional venganza,
tus pérfidas falanges arrollando; 170
y ya a tu hermano bajo el solio alcanza,

que de la indigna mano
trémulo suelta el cetro soberano.

Ni la regia corona
en las turbadas sienas ya mantiene: 175
mas del trono, que atónito abandona,
de un escalón en otro al suelo viene:
y huye entre tus guerreros,
como en banda de buitres carniceros.

Tal será tu castigo 180
soberbio usurpador: del alto asiento
caerás también. -Yo, yo te lo predigo;
yo, que por ley de celestial intento
guardián de estas montañas,
hago soy tutelar de las Españas.» 185

Siente apenas la vida
el mezquino tirano a sus acentos;
y como sierpe acaso desprendida
de las garras del águila en los vientos,
yerto en letal insulto 190
cayó, enroscado, entre la yerba oculto.

ÁLVARO ¡Qué asombro!

ANSELMO ¡Qué portentosa
visión!

CURRITA ¿Y será posible
que tan feliz esperanza
alguna vez se realice? 195

LEONARDO No lo dudéis. El supremo
hacedor, que del horrible
Bonaparte hizo el azote
que nuestros vicios castigue,
también, en la ambición misma, 200
de su corazón, permite
el germen que lo destruya,
si persevera en su crimen.

ELENA ¡Cielos! abreviad el plazo.

(Entra un MOZO de labranza.)

MOZO Señor, por el arrecife, 205
que va del Puerto a Chiclana
vienen gentes; y aunque siguen
todos adelante, hay uno
que al cortijo se dirige.

ANSELMO Si es de los buenos patriotas, 210
hallará en mí quien le brinde
con cuanto vale mi casa,
y mi fortuna permite;
pero, si es afrancesado,
que le socorra a quien sirve. 215

(ÁLVARO, mirando hacia los bastidores.)

ÁLVARO No parece sino abate:
y a fe que viene hecho un dije;
sucio, y chorreando agua.
¿A que es de los ministriles
que ha mandado el Rey Botellas 220
hacia Cádiz a que intime
la entrega de los navíos
desde un ridículo esquife?

ELENA ¿Y qué respuesta llevaron
los indinos?

ÁLVARO Nada: un chiste 225
de un cañón de a veinte y cuatro,
que a poco más van a pique.

CURRITA ¡Ah bravos marinos! siempre
vuestro valor se distingue.
Ya se coló en casa.

(ÁLVARO, mirando adentro.)

ÁLVARO ¡Toma!... 230
Pues si le conozco: es triple
doctor, Bajá de tres borlas:
que manda, y la renta exprime
de un hospital en mi tierra;
Doctor Jarabes le dicen 235
todos, por lo empalagoso
del estilo con que escribe
proclamas para el Rey Pepe;
y es berenjenario insigne.
Ya llega: déjenle ustedes 240
que yo le haré que se explique.

(Entra el DOCTOR JARABE en traje negro como de abate, y una gran berenjena por
venera. Con un pañuelo hará como que se enjuga el vestido del agua del mar; y dirá todos
los primeros versos dirigiéndose al público, sin reparar los que estén en la escena.)

Síguese según está impreso

Desenfado patriótico

DOCTOR JARABE

¡Qué terquedad de gentes! ¡qué demencia!
¡Perderse el mejor trozo de elocuencia
que sugirió la escuela de Triana!
No escuchar la oración ciceroniana,
que en estilo escribió de caramelo 5
por proclama el melifluo Maquiavelo!
¡Devolver del Rey Pepe los oficios!
Y, al fin, de sus satélites novicios
hacer volver atrás una barcada
sin dejarles salir con su embajada! 10
Pues juro a Pepe pagarán la pena:
lo juro por la verde berenjena
que traigo al pecho: venerable escudo,
que me lo miro, me lo toco, y dudo
tanto valor se diese a un juramento, 15
siendo yo tan capaz de hacer un ciento:
porque esto de jurar es gesto mío,
y juro en falso siempre que me río.
Cádiz ha de tronar, pese a quien pese.
ÁLVARO Doctor Jarabes, ¿qué furor es ese? 20
¿Qué extraña novedad, qué furia rara
enciende los carbuncos de esa cara?
¿Llegó de los Abates la reforma,
y vos no entrasteis en la nueva norma?
¿O bien de ese hospital que os da la renta, 25
y de Mercurio la virtud fomenta,
se ha levantado bueno todo enfermo,
dejando al Director hecho estafermo?
Vaya, explíquese ya, Señor Letrado.
DOCTOR JARABE Estoy furioso, y algo mareado; 30
desde el pie al solideo hecho una sopa,
de haber ido sentado en la alta popa
de un buque de tres puentes (que así llamo
donde el que rema va) del Rey mi amo.
ÁLVARO Bien se conoce, Abate rubicundo, 35

que no fue vuestro oficio en este mundo,
navegar en alcázares de cedro,
sino andar en la barca de San Pedro.
-Mas donde ibais al fin en ese leño,
o escuadra universal de vuestro dueño, 40
surcando audaz las gaditanas olas?

DOCTOR JARABE A intimar a las naves Españolas
su rendición al gran José primero:
que desde el General al marinero,
y hasta el león de proa, en el momento 45
se acerquen a prestarle juramento:
que él en la playa los espera.

ÁLVARO

Vaya,

no es mal palacio para el Rey, la playa:
sala de audiencia de un Señor Pe-pillo:
¿conque, sin sacar blanca del bolsillo 50
quiere tener navíos y arsenales?

¡Lindo! ¿y qué respondieron los navales,
por ser vos quien en ello se interesa?

DOCTOR JARABE Dijeron: ¡bravo empeño se atraviesa!

Padre, si está despacio, tienda usía 55
la vista por la horrenda artillería
que corona esos regios entrepuentes,
de FERNANDO a la voz rayos ardientes,
y verá si son hechos para entregas...

Pero, si lo hace el Rey por las bodegas, 60
las de Jerez apure, y luego avise.

Y al punto viendo que arengarles quise,
a fumar se pusieron los tumbones.

ÁLVARO ¡Gente de mar, que es corta de razones!

DOCTOR JARABE Ya les hice entender, como de paso, 65

que de los buques mi amo no hacía caso,
porque los daba ya por excluidos
a todos ellos, por estar podridos.

ÁLVARO ¡Oiga! ¡y lo que discurre el buen Jusepe!

O es Salomón o sabe más que Lepe: 70

si de la zorra, al fin, no es algún primo
que por agraz no se comió el racimo.

Conque podridos, ¿sí? pues que los deje,
y si no se los dan, que no se queje.

DOCTOR JARABE Ya lo hace; aunque no sé por qué manía 75

no les quita el antejo en todo el día;
y será compasión de ver metidos
entre buques ingleses los podridos:
que es, como ya sabéis, gente mezquina,
y no pueden en punto de marina, 80
como mi amo y señor, tirar de largo.

ÁLVARO Padre Jarabes, sí; ya me hago cargo:
y, aunque novicio renegado, veo
que os portáis como antiguo corifeo
en el arte al francés tan productiva 85
de volver la verdad patas arriba.
Ya estáis pronto a probar con suficiencia
que la razón de ayer, hoy es demencia.
¡No disteis mala vuelta a la sotana!
Quien os oyó en sermón de ayer mañana 90
por FERNANDO inflamar el patriotismo,
hoy es por Pepe, y peroráis lo mismo.
Ayer para escribir lo que se piensa
clamó esa voz por libertad de prensa;
y hoy querréis que se quite hasta el tintero 95
al que no escriba por José primero.
DOCTOR JARABE Y con mucha razón: mudanza es esa
que en mí operó el placer de la sorpresa.
Pues cuando yo esperé, por las pinturas
de los que al fin le habrán mirado a obscuras, 100
ver un Rey tuerto, y fiero cual vestiglo,
me hallo un lindo filósofo del siglo,
largo orador, que por su linda traza,
su estampa noble, y su flamante raza,
no puede ser sino que a España cuadre. 105
ÁLVARO ¡Qué! ¿lo traéis para caballo-padre?
¿Según vais enseñando por la calle
a las viejas su estampa, y su buen talle?
Si ellas chillan al paso, El pueblo aclama,
vosotros le decís; y él se lo mama; 110
y no es aclamación, sino chacota
de ver un Rey, que les parece sota.
Que si dos ojos cuenta ya en la cara,
aunque de Francia el otro le llegara,
¿es su derecho más, por no ser tuerto? 115
Decís que es gran filósofo: eso es cierto
que es cosa rara; y puede que deslumbre
aquí en este país, donde es costumbre
ver en cátedras gente de otra estofa,
ver sobre el trono un Rey que filosofa. 120
¡O si viviese el sabio que decía,
Pobre y desnuda vas, filosofía;
Y, llegando a pisar la ínfima grada,
a la filosofía coronada
viera del trono Íbero allá en la altura, 125
cual exclamara: «¡O tiempos de ventura!
¿Con qué nuevo sistema, y desde cuándo
se encarama uno así filosofando?»

DOCTOR JARABE ¡Cuenta!... que ese discurso bien denota
lo insurgente que sois, y lo patriota: 130

ya poco el tribunal nos interesa,
pero temed la policía francesa;
que si aquel os quemase hasta los huesos,
esta os alza la tapa de los sesos.

-Hubo un tiempo en que el sabio, no lo niego, 135

la virtud estudiaba en el sosiego;
sin deseos, morando en las florestas
como tortuga con la casa auestas:
mas ya filosofía anda más lista,
no se oponen, filósofo y conquista; 140
el Macedón y el Cínico severo

se van de brazo por el mundo entero;
y no es contradicción, ni desgobierno
para un Rey muy filósofo, y muy tierno,
empuñar un alfanje damasquino, 145
asolar el país de su vecino,
desalojar del trono al Soberano,
romper la nuca al que le jure en vano,
los soldados matar a cuantos puedan,
y el Rey filosofar con los que quedan. 150

-Esta dicha a tu patria está guardada,
aunque después de yerma y arrasada.
¡Mas qué importa a la real filosofía,
con tal que vuestros nietos algún día
con los franceses vayan a los toros! 155

ÁLVARO ¡Con los francesas! como con los moros.

Si fiestas han de hacer los nietezuelos
a los que han degollado a sus abuelos,
serán dos, invocando al gran Pelayo,
Víspera Siciliana, y dos de Mayo. 160

DOCTOR JARABE Maligna es la alusión, y amargo el tono,
pero por esta vez os lo perdono.

ÁLVARO Pues filósofo sois, la tolerancia...

DOCTOR JARABE Esa, no es cosa lo que se usa en Francia.

Ahora se aplica al ciego patriotismo 165
otro calmante.

ÁLVARO ¿Cual?

DOCTOR JARABE El terrorismo.

ÁLVARO Bien lo sé; y harto vemos sus estragos
a vuelta de promesas y de halagos.

Bien sé cómo reparte su ternura
cualquier tirano que reinar procura. 170

Así el salteador, que en el sendero
sorprende al descuidado pasajero,
ceba en el hombre firme su cuchillo,

y no hace mal al que le da el bolsillo,
maneja igual con indistinta mano 175
el cetro de Nerón, y el de Trajano:
de un lado, atiza las ardientes teas
con que incendia las rústicas aldeas
en donde el triste labrador, honrando
su dulce hogar, y el nombre de FERNANDO, 180
muere infeliz, y con su sangre inunda
tierra que fue con su sudor fecunda;
y por otro, soberbio eleva al viento
el más pomposo y triste monumento,
que la infamia eternice a las edades 185
de corrompidas, fáciles ciudades,
que incensaron su bárbara fortuna.

-Mas no son ellas, no, la noble cuna
del glorioso tesón, que España ostenta:
por campos y montañas se alimenta, 190
donde respiran, bajo abiertos cielos,
el aura del honor de sus abuelos.

Allí están de la patria los escudos,
allí los duros brazos, los forzudos
pechos, cubiertos de ásperos vellones, 195
cuya raíz está en los corazones;
allí no halla pretextos la molicie,
ni seducción con que las almas vicie;
insurrección no llama al patriotismo,
o al tesón de Gerona fanatismo; 200
y, hacia el usurpador que al orbe aterra
moviendo el odio eterno eterna guerra,
mil veces que sus huestes insolentes
inunden nuestras chozas inocentes,
tantas las dejarán libres, y solas; 205
al par del loco empeño de las olas
que, si la playa asaltan a millares,
todas recaen de espaldas en los mares.

DOCTOR JARABE Pero, ¡hombre! todo no ha de ser Numancia:

la constancia es virtud; pero algo rancia: 210
yo siempre en este género de esgrima
me voy al lado del que se halla encima.
Cuando vi sublevarse al pueblo insano,
prorrumpí: Viva el pueblo soberano:
siguióse la Central, y yo al encuentro 215
saliéndola, me hallé como en mi centro;
vino José primero, y sin gran pena,
de su orden me colgué la berenjena;
y si después, rodando más la bola,
viene a mandarnos un Bozal de Angola, 220

veréis que con el Negro me congracio,
y, aún hundiré a estornudos el palacio.
-Así se vive en puestos y en honores
con solo en la opinión cambiar colores.
Y a Dios, que el Rey me aguarda; y más no puedo. 230

ÁLVARO Busca pues ese Rey que te dio el miedo,
tuerto o derecho, Salomón o tonto:

Ve, y bésale la mano, por el pronto,
mientras piensa su real sabiduría
donde le han de besar al otro día. 235
Pero dile que en Cádiz, más que el arte,
alzó el honor un noble baluarte

donde el valor se colmará de gloria...

Mas, supuesto que el Rey sabe de historia,
dile (y esto terciándote el manteo, 240
el brazo en jarras, y algo de ceceo)
que si leyó que de Hércules la saña
con su gran porra recorrió la España,
andando con mil monstruos a la morra,
¡cuenta!... que en Cádiz se dejó la porra. 245

ANSELMO Así son, cual más cual menos,
todos los Hispano-Galos:

sirvan, una vez los malos
de diversión a los buenos.
Risa, indignación y hastío 250
me causa su vil lenguaje:
¡Que así a la Patria se ultraje
y a la razón!

CURRITA Padre mío,
su impertinencia olvidemos;
y por ver si lo consigo, 255
todos, si queréis, conmigo,
algún himno entonaremos.

ÁLVARO Sea, pues, el que dictado
por la desesperación,
fue canto de redención 260
al labrador, y al soldado.

Y lo mismo en la campaña
de Ceres, que en la de Marte,
sonó junto al estandarte
de los leones de España. 265

Cuyo glorioso concepto
Consiste sólo en decir

Vivir en cadenas
¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria 270
¡Qué bello morir!

Canción cívica
Los defensores de la patria

MOTE

Vivir en cadenas

¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria
¡Qué bello morir!

Partamos al campo, 5
que es gloria el partir;
la trompa guerrera
nos llama a la lid:

La Patria oprimida,
con ayes sin fin, 10
convoca a sus hijos,
sus ecos oíd.

Coro. Vivir en cadenas, &c.

¡Quién es el cobarde,
de sangre tan vil, 15
que en rabia no siente
sus venas hervir!

¡Quién rinde sus sienas
a un yugo servil,
viviendo entre esclavos, 20
Odioso vivir!

Coro. ¡Vivir en cadenas &c.

Placeres, halagos,
quedaos a servir
a pechos indignos, 25
de honor varonil:

Que el hierro es quien solo
sabr  redimir
de afrenta al que libre
jur  ya vivir. 30

Coro. Vivir en cadenas &c.

A Dios, hijos tiernos
cual flores de Abril:
a Dios, dulce lecho
de esposa gentil: 35

Los brazos, que en llanto
bañáis al partir,
sangrientos, con honra,
vereislos venir.

Coro. Vivir en Cadenas &c. 40

Mas tiemble el tirano
del Ebro y del Rhin,
si un astro a los buenos
protege feliz.

Si el hado es adverso, 45
sabremos morir...

Morir por FERNANDO,
y eternos vivir.

Coro. Vivir en cadenas &c.

Sabrá el suelo patrio 50
de rosas cubrir
los huesos del fuerte
que espire en la lid:

Mil ecos gloriosos
dirán: Yace aquí 55
quien fue su divisa
triunfar o morir.

CORO

Vivir en cadenas
¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria 60
¡Qué bello morir!

Himno de la victoria

Cantado a la entrada de los ejércitos victoriosos de las provincias en Madrid

CORO

¡Venid, Vencedores,
de la Patria honor!
Recibid el premio
de tanto valor.

Tomad los laureles 5
que habéis merecido,
los que os han rendido
Moncey y Dupont:
Vosotros, que fieles
habéis acudido 10
al primer gemido
de nuestra opresión.
Venid, Vencedores &c.

Venganza os llamaba
de sangre inocente; 15
alzasteis la frente
que jamás temió:
Y al veros, los dueños
de tantas conquistas
huyen como aristas 20
que el viento arrolló.
Venid, Vencedores &c.

Vos de una mirada
que echasteis al Cielo
parasteis el vuelo 25
del águila audaz;
Y al polvo arrojasteis
con iras bizarras
las alas y garras
del ave rapaz. 30
Venid, Vencedores &c.

Llegad ya Provincias,
que valéis naciones,
ya vuestros pendones
deslumbran al sol: 35
Pálido el tirano
tiembla, y sus legiones
muerden los terrones
del suelo español.
Venid, Vencedores &c. 40

Son a vuestras plantas
alfombra serena
laureles de Jena,
palmas de Austerlitz:
Son cantos de gloria 45
volver los cautivos
sus gritos altivos
en llanto infeliz.
Venid, Vencedores &c.

¡O qué hermosos vienen! 50
¡Su porte cuan fiero!
¡Cuál suena el acero!
¡Cuál brilla el arnés!
Estos son guerreros
valientes y bravos, 55
y no los esclavos
del yugo francés.
Venid, Vencedores &c.

Gloria ¡o flor del Betis!
Que habéis bien probado 60
el brio heredado
del suelo natal:
Que allí sin cultivo
crece y se levanta
del triunfo la planta 65
la oliva inmortal.
Venid, Vencedores &c.

Funesto es el día
francés orgulloso,
y el campo ominoso 70
que pisas, también:
La sombra de Alfonso
con iras más bravas,
su gloria en las Navas
defiende en Bailén. 75
Venid, Vencedores &c.

Salve, honor del Turia,
de Marte centellas,
pues vivos como ellas
al triunfo voláis: 80
La hueste enemiga
rompéis imprevistos,

y apenas sois vistos
victoria cantáis.
Venid, Vencedores &c. 85

¡Gloria! ¡o valerosos
del solar Manchego!
¡O cuán bello riego
dais a vuestra mies!

Las surcos se vuelven 90
sepulcro a tiranos;
sangrientos los granos
se mecen después.
Venid, Vencedores &c.

Y en tanto en el Ebro 95
los pechos son muros,
que atienden seguros
morir o vencer:

Siempre el sol los halla
lidiando con gloria; 100
siempre con victoria
los deja al caer.
Venid, Vencedores &c.

¡O cuán claros veo
brillar en sus ojos 105
los fieros enojos
que van a vengar!

¡O cuanto trofeo
que ganó su espada,
verá consolada 110
la Patria en su altar!
Venid, Vencedores &c.

¡O Patria, respira
de males prolijos,
descansa en los hijos 115
que el cielo te dio!

Ni temas que el arte
falte a su fortuna:
soldados la cuna
naciendo los vio. 120
Venid, Vencedores &c.

Ya vengada, solo
libertad y gloria
dejará en memoria

tu agravio en Madrid: 125
Tiempo es ya que altiva
la frente levantes,
pues llegan triunfantes
los hijos del Cid.
Venid, Vencedores &c. 130

Ninfas, vengan lauros
frescos, verdes, bellos,
enjugad con ellos
tan noble sudor:
Ni olvidéis la oliva 135
que es planta gloriosa;
ni aun alguna rosa
que os brinde el amor.

CORO

Venid, Vencedores,
columnas de honor, 140
la Patria os da el premio
de tanto valor.

Unión y gloria

Saludo de brindis al enlace de las banderas Inglesa y Española que adornaban el ramillete de un convite entre marinos de ambas naciones, formándose de las dos una sola insignia.

Epigrama

Así enlazadas, y jamás opuestas
las Britanas banderas y Españolas,
siempre del Corso a la ambición funestas,
descuelen por los campos y las olas.

¡Qué valen hierros que la infamia forje, 5
si en este enlace generoso y blando,
la mano experta del anciano JORGE
sostiene al joven e infeliz FERNANDO!

Solo a esta doble insignia corresponde

dar vuelta ufana al Orbe agradecido, 10
mientras en Francia el tricolor se esconde,
triste blasón del mundo envilecido.

Grata a un tiempo a los fuertes Españoles
¡o noble insignia! y los Ingleses bravos,
en la feliz comarca en que tremoles 15
bastarás a anunciar, que no hay esclavos.

Del continente, al fin, verás lanzado
el Corso monstruo a su infernal destino;
ya que el valor inglés ha decretado
que no será jamás monstruo marino. 20

A la Batalla de Salamanca
Canción

CORO

Viva el grande, viva el fuerte
que, en la más gloriosa acción,
el furor francés convierte
en vergüenza y confusión.

VOZ

Ved cual entre polvo y humo 5
por los campos de Castilla
va la bárbara gavilla
que era un tiempo su opresión.
¿Quién los bate y los humilla
con el rayo de victoria? 10
La trompeta de la Gloria
dice al mundo Wellington.
Viva &c.

¡O Wellington, nombre fausto
a la Iberia, y caro a Marte! 15
¿Tus contrarios en qué parte
huirán de tu valor?
Tú los vences en los montes,

en los campos ven tus bríos,
y las aguas de los ríos 20
te retratan vencedor.
Viva &c.

Entre el Duero y claro Tormes
tú a los galos atropellas,
y aun siguiendo vas sus huellas 25
de su entera ruina en pos:
Síguelos, y Europa deba
a tu acero su rescate,
y si un monstruo la combate
la defienda un semidiós. 30
Viva &c.

Sobre el mismo asunto
Soneto

Soñaba yo; y en lecho damasquino
una hermosa matrona vi dormida,
y entre su misma prole acometida
por un tirano y pérfido Tarquino,

En vano intentan del fatal destino 5
sus hijos redimir a la afligida;
que ellos sin armas luchan por su vida,
y armado estaba el bárbaro asesino.

Ya el traidor casi su maldad corona;
cuando junto a las márgenes del Duero 10
se alza un hijo de Marte y de Belona:

Vuela, llega, derriba al monstruo fiero;
y era la Iberia la infeliz matrona,
y era Wellington el audaz guerrero.

Al duque de Alburquerque

Muerto en Inglaterra de una pasión de ánimo originada por su propio pundonor

Epitafio

Grande en la cuna y en la lid valiente,
en Talavera, en Alcabón, glorioso,
fue en las puertas de Alcides al torrente
del Galo audaz antemural dichoso;
y viendo al fin que con maligno diente
se acercaba la envidia al lauro hermoso
que en su frente el honor dejó enlazado,
murió, con solo imaginarlo ajado.

A la entrada en Cádiz del duque de Ciudad-Rodrigo
Después de levantado el sitio de aquella plaza, en consecuencia de sus victorias

CORO

¡O cuán dulce es a un héroe glorioso,
que triunfó con justicia y valor,
presentarle el tributo amoroso
de ternura, de aprecio y de honor!

I

Ved cual llega a gozarse en el seno
de la Íbera leal gratitud
el que oímos de lejos cual trueno
dar a Gades victoria y salud.

Hoy se muestra apacible y triunfante;
y ayer bravo, y con fiero tesón,
los tiranos lanzaba adelante
cual las nubes el duro Aquilón.
¡O cuán dulce es &c.

II

Acojamos al héroe bizarro
en los muros que él mismo libró;
y descienda del bélico carro

a gozar de la paz que nos dio.
No la oliva a su frente neguemos,
ni la rosa de alfombra a sus pies:
que él sabrá cuantas flores le demos 20
en laureles volverlas después.
¡O cuán dulce es &c.

III

Él unió con el nuestro su brazo
para hazañas de prez inmortal:
tema pues en tan ínclito lazo 25
el injusto opresor su dogal.
Y en el templo de eterna memoria,
y en los fastos de la última edad,
se unirá de Wellington la GLORIA
con la hispana feliz LIBERTAD. 30
¡O cuán dulce es &c.

En un convite
Brindando por la última batalla ganada en España por el duque de Ciudad-Rodrigo

Soneto

Venid, Ticianos, a ilustrar pinceles:
Fidias, llegad a eternizar metales:
prevenid plumas, Cisnes inmortales:
prodigad, Musas, cantos y laureles.

Seréis divinos, cuanto seáis más fieles 5
pintando, ya de Galia en los umbrales,
al Cid britano; y de pavor mortales
huyendo de él los vándalos crueles.

Unid al cuadro en mágicos colores
la independencía hispana, y su alta gloria, 10
como hermanas gozándose entre flores.

Y si queréis más timbre a su memoria,
llamadle vencedor de vencedores;

y a su triunfo victoria de Vitoria.

Sobre el modo grosero con que algunos periodistas extranjeros hablaban acerca de los asuntos de España en el año de 1810

Soneto

¡Tres años de proezas singulares,
sitios, asaltos, lides carniceras,
en que del Corso las legiones fieras
el acero español siega a millares!

Hallarse, Iberia, yermos tus hogares, 5
o en ellos luto y quejas lastimeras;
¡de tus hijos por todas las riberas
bajando sangre a enrojecer los mares!

¡Ver la flor de Aragón y de Castilla
que al cautiverio la cerviz prosterna, 10
primero que al tirano la rodilla!

¿Y a tanto honor con frases de taberna
la gacetera chusma aún amancilla?...
Raza de Juan Freron serás eterna?

Versos

Con que el numen del autor saludó el primero la feliz restitución del Rey Ntro. Señor Fernando VII, (que Dios guarde) a sus dominios

El regreso de Fernando

A su primera aparición en su real palco del Coliseo de la Cruz

Introducción

ACTOR

Cielos ¡qué miro!... ¡La española escena
de tanta majestad y gloria llena!...

FERNANDO, el deseado, el perseguido,
por quien todo español ha combatido
mostrando entre los bélicos enojos 5
rabia en el corazón, llanto en los ojos!...
¡La joya que la España ha disputado
contra ella a todo el universo armado,
recuperada vuelve a nuestro seno!...
Gracias, eterno Dios, Señor del trueno, 10
y el rayo justo, que lanzó tu mano
para hacer polvo a un pérfido tirano:
gracias, pues tal valor, tanta constancia
conservaste en los hijos de Numancia,
que, con desprecio al enemigo bando, 15
supieron responder: «Muerte, o FERNANDO.»

Volved los ojos; vedle, si un momento
os lo permite el llanto del contento:
él es, sí, el NIETO del augusto Abuelo
por quien las bellas Artes nuestro suelo 20
vieron en mil prodigios floreciente:
la misma majestad brilla en su frente;
a nuestro amor conserva igual derecho;
igual beneficencia en su real pecho.
Aun ausente, mandó en los corazones; 25
y hasta el soberbio autor de sus prisiones,
al ver su porte y su semblante augusto,
decía exclamando entre despecho y susto:
«Mi poder en FERNANDO al fin se estrella,
pues España le adora; y reina en ella.» 30

Pueblo, que le lloraste en tu memoria,
pues le llegaste a ver, canta su gloria.
Su gloria, que es guirnalda de la nuestra,
y con alegre luz también se muestra
en los ojos del caro augusto HERMANO, 35
y el real semblante de su TÍO anciano.

Pero ¿qué versos a su nombre iguales,
de las Musas, qué cantos inmortales
le dirán nuestro amor?... Señor, perdona,
si, por laurel debido a tu corona, 40
repetimos los cantos militares
que hicieron al paisano en sus hogares
impávido arrostrar su adversa suerte,
cantando y peleando hasta la muerte.
Ellos entretuvieron la esperanza 45
de nuestra independencia, y tu venganza;

y el eco del cañón fue el instrumento
con que dimos tu nombre augusto al viento.
Mas escuchad, primero, el dulce tono
con que de corazones en un trono 50
os volvéis a sentar. Y así haga el cielo,
FERNANDO, al fin, que del Íbero suelo
aún la sombra del mal tu nombre ahuyente;
y que brille a los ojos de tu celo
como un prado anchuroso y floreciente; 55
cuando ni nubes, ni vecinos montes
estrechan los serenos horizontes;
donde el sol si se asoma en el oriente
de una cuna de flores se levanta;
en el calor de la ardorosa siesta 60
de flores un océano domina;
y cuando en occidente al fin declina
sobre un lecho de flores se recuesta.

Sigue inmediatamente el himno intitulado Regreso de FERNANDO.

El Regreso de Fernando

Himno

CORO

Vuelve al trono FERNANDO querido,
sube en brazos del pueblo más fiel.
Tú le harás tan feliz, como has sido
sostenido y vengado por él.

VOZ SOLA

Largo tiempo tu ausencia ha llorado 5
la constancia del pueblo español:
no es tan triste a la luna el nublado,
no es tan negro el eclipse en el sol.

Pero ya que tu vista descuella
de la guerra entre el luto y horror, 10
no es tan dulce en borrascas la estrella,
no es tan grata en desiertos la flor.

Deja, deja esa tierra homicida,
que con grillos tu gloria ultrajó,
vuelve, vuelve a esta patria querida, 15
que con sangre tu injuria vengó.

Si ven ruinas al paso tus ojos,
bienes son, que nos trajo el francés:
mas también son sus viles despojos
esos huesos que pisan tus pies. 20

Cuando al margen del Ebro llegares
ten presente, al mirar su raudal,
que no daba el tributo a los mares
sino en sangre enemiga o leal.

Zaragoza te dice humeando 25
que se supo abrasar, no rendir,
y aun de noche «venganza; FERNANDO»
sordos ecos se escuchan gemir.

Mas del pueblo, a quien dio la fortuna
en su seno mirarte al nacer, 30
que de flores cubrió tu real cuna,
y entre abrojos te ha visto crecer;
de Madrid, tal será la alegría,
cuanto fue de perderte el dolor:
mayo solo te acuerda en un día 35
de Madrid la fineza en tu amor.

Al entrar por su puerta dichosa,
entre vivas, y alegre efusión,
¡cuánta vista en el Prado azarosa
turbará tu leal corazón! 40

Aquí fue por FERNANDO el delirio;
por FERNANDO allí el pueblo lidió;
y allá fue de la gente el martirio
que muriendo a FERNANDO invocó.

Mas tu nombre triunfante sonando 45
ya destierra la antigua aflicción,
y a los timbres del quinto FERNANDO
va de nuevo a elevar la Nación.

Al Soldado, que solo en tu nombre
fue terror de la pérfida grey, 50
nada habrá que en el orbe lo asombre
cuando lleve por jefe a su Rey.

Reina, premia, y perdona en la tierra
de quien eres el Iris gentil:

ven a dar nuevo aliento a la guerra, 55
y a enfrenar la discordia civil:

Tú sabrás reprimir la anarquía,
pues en Francia admiraste su error:
tú odiarás la feroz tiranía,
pues sufriste a un tirano opresor. 60

Rompa, ya que tu esfuerzo ha probado,
la desgracia su adverso crisol;
y tu vista a su brillo eclipsado
restituya el imperio español.

Y a los rayos de gloria, que en tanto 65
se difundan del regio dosel,
que se enjuguen la sangre y el llanto
que han regado tu hermoso laurel.

Vuelve al trono, FERNANDO querido,
sube en brazos del pueblo más fiel: 70
tú le harás tan feliz, como has sido
sostenido y vengado por él.

Viendo a S. M. visitar la imprenta real

Gran REY, Vos que con pasos vencedores
del rigor de los hados enemigos,
visitasteis los presos y mendigos,
convirtiendo sus lágrimas en flores:

Ved ya como la prensa en sus sudores 5
prepara a esa virtud fieles testigos:
pues delante de Príncipes amigos
no gime, sino canta sus loores.

El taller de Minerva en un momento
caracteres movibles combinando 10
retrata el fugitivo pensamiento.

¡Ah! Si al de tus vasallos ahora dando
una sola expresión, un sólo acento...
¿Qué dijera el papel?... ¡VIVA FERNANDO!

Ofreciendo al Rey Nuestro Señor un ramillete con su augusto retrato enlazado de corazones
Los jefes principales de palacio, y las oficinas de la real Casa, capilla, cámara y
caballerizas.

Acoged hoy, SEÑOR, grato y benigno
un doméstico don de humilde mesa:
obsequio al fin, que si de Vos no digno,
amor sin tasa y lealtad expresa.

Sí, buen FERNANDO, admite cariñoso 5
nuestro festejo y pobres regocijos,
cuanto es a un tierno padre más sabroso
el pan que come en medio de sus hijos.

Nuestro Jefe, que un tiempo fue testigo
de tu opresión y tu penar injusto, 10
así como el dolor partió contigo,
el Intérprete es hoy de nuestro gusto.

Sencillo amor el plato te sazona:
¿cómo no has de apreciar tan fiel anhelo,
si, aun primero que el cetro y la corona, 15
un corazón hermoso te dio el cielo!

Tu prisión recordando, y nuestra pena,
corazones enlazan tu retrato;
¿y quién podrá negarse a tal cadena
si no es el corazón de algún ingrato? 20

Tras el pasado luto ¡qué halagüeña
nos colmó tu presencia de alegría!
Feliz la hija del Sol, la hora risueña
que abrió el cancel de tan hermoso día.

En ella vio nuestra esperanza ansiosa 25
lo cerca del dolor que el gusto alinda:
sangre suele costar coger la rosa,
y cuanto cuesta más, tanto más linda.

Así, como a la Reina de los prados,
gozamos al que es REY de nuestras almas: 30
¡oh! dichas mil prodigante los hados;
la Paz su oliva: o la Victoria palmas.

Inscripciones que iban en el ramillete

Para el costado de frente a S. M.

Por los años desdichados
que pasaste en cárcel triste,
y amasado el pan comiste
con sospechas y dolor;
 hoy te ofrecen tus criados 5
este ramo que te expresa
ser ya platos de tu mesa
la ternura y el amor.

Para el costado opuesto

¡Cuánto brilla una diadema
en las sienes de un REY justo!
Bien lo ve, FERNANDO Augusto,
quien la adora en vuestra sien.
 A esta dicha y gloria extrema, 5
que perdida recobramos,
este obsequio tributamos
en eterno parabién.

Himno de los guardias de la real persona
Al Rey Nuestro Señor, su coronel, en su agosto día

CORO

Relumbre el acero y el casco brillante,
tremolen penachos de palma y laurel;
y en torno a FERNANDO su guardia constante
celebrese el día del gran Coronel.

VOZ

Clarín de la gloria, que al cielo levantas 5
las altas virtudes con eco inmortal,
el REY que adoramos se adorna con tantas,
que a él solo se debe tu eterno metal.

Alarme al Olimpo tu acento, anunciando
la Aurora festiva que hoy vemos brillar, 10
verás las virtudes del cielo bajando
del dulce FERNANDO la sien coronar.

Mas ¿qué nos detiene? FERNANDO querido,
la voz de tus pueblos te basta en loor;
tus Guardias leales por ti han aprendido 15
al son de las armas los cantos de honor.

Seis años nos vimos sin jefe, sin guía,
la muerte mostrando su pálido horror;
tu nombre, que entonces las filas corría,
los pechos llenaba de alegre valor. 20

Así combatimos; y pocos quedamos,
siguiendo animosos tu regio pendón.
Castilla es testigo; sus campos dejamos
manchados con sangre, mas no con baldón.

Si acaso nos cupo destino más grato, 25
y en quietas ciudades fijamos el pie,
tu imagen querida, tu augusto retrato,
guardábamos siempre con celo y con fe.

¡O fe bien premiada! Tras tantos enojos
al fin nos es dado tu vida guardar: 30
tal ceden avaros, entre olas y abrojos,
sus flores el prado, sus perlas el mar.

Festejar tu día se da a nuestro anhelo:
día en que del carro se levanta el sol
a esculpir con oro, por el ancho cielo, 35
«FERNANDO es delicia del Pueblo Español.»

¡De cuán bellas obras seremos testigos!
Ya del solio bajas al triste hospital,
ya estés consolando presos y mendigos,
la cárcel y el foro sorprendiendo igual; 40

dar honra al soldado, de su sangre en fruto;
las artes, las ciencias, la industria amparar;
y del poder regio, por digno atributo,
convencer al reo, y al fin perdonar.

Así de FERNANDO brillante se ostenta 45

la hermosa diadema con tanto matiz:
quien vive en sus leyes, dichoso se cuenta;
quien muere por ellas, aún muere feliz.

Ni que el hado ejerza sus caprichos varios,
ni que la Elba lance su monstruo cruel, 50
si en el orbe encuentra su gloria contrarios,
al orbe enemigo retamos por él.

Genios tutelares, que en su cautiverio
defensores fuisteis de su bella edad,
y que en vuestras alas al hispano imperio 55
con su REY trajisteis paz y libertad:

prodigad hoy rosas a su augusta frente,
y con canto hacedle de celeste voz
olvidar los males que sufrió inocente,
y aún de su tirano la memoria atroz. 60

Inscripciones hechas por el autor

Para los arcos triunfales preparados por la heroica villa de Madrid para celebrar la entrada de S. M., a su vuelta de Francia.

Sobre el arco de en medio, que era imitación del de Tito en Roma.- Inscripción en prosa.

¡FERNANDO! ¡FERNANDO! ¡FERNANDO!

Elegiste el cautiverio; y abandonar tu cuello inocente
a la cuchilla de un verdugo
antes que derramar la sangre de tu indefenso pueblo.

Pero de este la prodigiosa constancia 5

Fatigó a la ambición misma.

Desmayaron los brazos del atónito tirano.

Madrid decora con el arco triunfal de Tito el camino
de tu libertad.

Entra, y descansa en el trono de tus mayores. 10

Sobre el de la derecha.

Tiniebla y luz a un tiempo, no es posible;
ni estar vicio y virtud al par reinando:
cayó Napoleón, cometa horrible,

y álzase y brilla el astro de FERNANDO.

Sobre el de la izquierda.

Hijos, haciendas, leyes y exenciones,
todo nos lo robó la tiranía:
mas robar no logró los corazones;
y allí FERNANDO oculto residía.

Sobre otro arco junto a la casa de Villa: en nombre del Ayuntamiento.

La cabeza del pueblo, que fue osado
a insultar al tirano en su victoria,
hoy rinde a su Monarca recobrado
homenaje de amor y eterna gloria.

Otra inscripción colocada en una de las rejas de casa del Excmo. Sr. Duque de Alagon.

Ni al nacer más deseado,
ni al vivir más perseguido,
ni a más precio rescatado,
cual tú FERNANDO adorado,
príncipe en el mundo ha habido. 5

Sol eres, que al despuntar
en un mar de llanto un día
España te vio eclipsar;
y hoy vuelve a verte entre un mar
de lágrimas de alegría. 10

A las primeras partidas de campo que se hicieron a Chiclana
Después del largo sitio de Cádiz, y acabados de destruir los campamentos franceses.

Anacreóntica

La primavera alegre
llama con dulce risa
al campo de Chiclana

las gaditanas Ninfas.

Tras los aciagos tiempos 5
en que la guerra impía
las tuvo entre murallas
medrosas y afligidas.

Vedlas correr ansiosas,
y ocupar a porfía 10
las deleznables lanchas,
las ruidosas berlinas.

¡Cual se unen y emparejan
en comparsas distintas
ya que amistad los junte, 15
ya porque amor las guía!

La alegre carga sienten
las lanchas oprimidas,
y remando y cantando
se apartan de la orilla. 20

¡O cuán audaces otras
en leves carros brincan,
y a los fogosos brutos
a la carrera aguijan!

¡Cual por llegar se afanan, 25
y con jocosa grita
al más ligero aplauden,
y al perezoso animan!

Bulle en placer Chiclana
al verse acometida 30
por mar y tierra a un tiempo
de tropas tan festivas.

Sus flores, sus guirnaldas,
y sus verdes colinas
para sus danzas presta 35
para sus juegos brinda.

Todo es allí contento,
todo descuido y trisca;
donde tronaba Marte,
ya solo amor suspira; 40

pues que los sitios mismos
ora al placer dedican
que antes cubiertos vieron
de tiendas enemigas.

Donde asentada estuvo 45
la horrenda artillería
que amenazaba a Cádiz
con espantosa ruina,

ahora se ordenan danzas
de enamoradas lindas, 50

y hacen el son los himnos
que la victoria dicta.

¡Ay! que así se suceden
en esta amarga vida
venturas y desgracias, 55
dolores y delicias.

A completar las nuestras
parece ya se brinda
la risueña esperanza,
que hoy en los cielos brilla. 60

Y de la mano asido,
a nuestros brazos guía
rescatado a FERNANDO
de su opresión prolija.

Palma de tantas lides, 65
premio a tantas fatigas,
nos lo entrega, clamando,
«Triunfaste, España invicta.»

Notas a los recuerdos del Dos de Mayo
¿Al fiel DAOIZ, al leal VELARDE?, pág. 8.

Los valerosos DAOIZ y VELARDE, oficiales del Real Cuerpo de Artilleros, deben ser reputados como los primeros héroes de nuestra insurrección. Fuéronse estos dos distinguidos militares al parque de artillería, donde el ramo de su profesión los llamaba, al tiempo que el mejor batallón de la guardia imperial marchaba para ocupar dicho puesto; y con solos dos cañones que pudieron poner en acción, por largo tiempo contuvieron al enemigo, haciendo en él espantosa carnicería. Al fin, cuando a fuerza de obstinación llegó este al pie de las dos bocas de fuego, su orgulloso comandante intimó la entrega al bravo Daoiz. La respuesta de este fue dar fuego al último tiro que le quedaba, desenvainar la espada, y arrojarle al francés diciendo: Tú eres quien te has de entregar; pero al mismo tiempo cayó traspasado por las bayonetas enemigas. Su compañero Velarde participó de su gloria en la muerte, como de su heroica resolución en la vida. Este hecho reclama de las bellas artes un monumento que le perpetúe. Mas ¿en qué paraje estará libre de las excursiones del enemigo? -En las ciudades de América, donde sirva de estímulo, y haga cada vez más honrosa y apetecible la fraternidad de los Españoles de ambos mundos.

Mas el error les arrancó el puñal, pág. 9.

El Pueblo de Madrid, después de haber luchado seis horas consecutivas con más de veinte mil hombres, sin contar con cuerpos más numerosos acampados fuera de la ciudad, no suspendió sus hostilidades sino por la falsa promesa que se lo hizo de que los Franceses iban a salir de su recinto: con este engaño se le dispersó; y desarmándolo individualmente, lograron los cobardes prender tantos centenares de valerosos patriotas, que aquella noche fueron cruelmente asesinados a la obscura sombra de las arboledas del Prado, destinadas a recreos de inocencia y tranquilidad.

Esos que veis, que maniatados llevan, pág. 10.

Esta canción, con una música de enérgico y severo gusto, se hizo para el aniversario del Dos de Mayo, que con toda magnificencia fúnebre conmemoraron, en el mismo día dos del año de 1810, los buenos patriotas de Madrid refugiados en Cádiz después de la ocupación de la capital.

Notas a la profecía del Pirineo

Cual si la fuerza suma
de algún Titán lanzara de sus hombros
la mole con que Júpiter le abrumba, pág. 21.

Titán, alguno de los gigantes que finge la fábula atentaron a asaltar los cielos formando una escala de las montañas más altas, y Júpiter fulminándoles sus rayos los derribó, condenándoles a vivir sepultados bajo de los mismos montes; y se creía que manteniéndose tendidos bajo tan enormes pesos causaban con sus convulsiones y esperezos los terremotos y volcanes.

Hasta Madrid te servirán de guías, pág. 23.

El pueblo de Madrid, alborozado con los sucesos que hicieron subir al trono a su querido Príncipe de Asturias, recibió la tropa francesa con particular cordialidad y ternura, persuadido que sólo habían sido enviadas para sostener y vengar a su nuevo Soberano contra el poder de sus opresores. Se compadecían de la desnudez y cansancio de los jóvenes

conscriptos, fatigados de las violentas marchas con que los habían traído con el pérfido fin que en breve se manifestó: hombres y mujeres caritativas salían a los zaguanes con canastos de pan y frutos para regalarlos: lo que prueba la nobleza de tan buen pueblo, que después fue el primero en manifestar su indignación hacia la ingratitude de sus huéspedes, y declararles la guerra más justa de que hay memoria en el proceso de las calamidades humanas.

Ocupan la alta sierra,
que inflama y tuesta el luminar del día, pág. 25.

Alude a la Sierra Morena, cuya falda fue el teatro de la memorable acción de Bailén, en que nuestros batallones veteranos se hallaban reclutados con gente de los cuatro reinos de Andalucía, y el ejército aumentado con nuevos cuerpos formados por los naturales de esta provincia: debiéndose a su Junta todo el conato y atención que nos proporcionaron victoria tan señalada.

Que con puñal en mano
salta a la grupa el leve valenciano, pág. 25.

Cada provincia encontró la ocasión de aplicar ventajosamente las cualidades personales que las distinguen, en ofensa de un enemigo tan aborrecido de todas. Los Valencianos, aprovechando su ligereza natural, alcanzaban en la carrera a la caballería de coraceros del general Moncey, y saltándoles con ligereza de tigres a las ancas, derribaban a puñaladas los jinetes, y se volvían a sus casas dueños de armas y caballos, donde recibían alegres aplausos y parabienes de la gratitud de sus paisanos.

A devastar los campos en que esconde
su raudal Guadiana, pág. 25.

Apenas se hallan expresiones con que alabar el valor y fidelidad de los Manchegos, por cuyas extendidas dehesas pasea su escondida corriente el tortuoso Guadiana (según la expresión del inmortal Cervantes). Mayor celebridad que la que dieron a aquella provincia las hermosas descripciones de tan sublime Autor, recibirá de hoy adelante por la guerra terrible que sus naturales acertaron a hacer a los Franceses, en un terreno abierto por naturaleza a todo género de excursión, y sin más armas que las de su caza y labranza. Las débiles y movibles espigas les servían de parapetos: de enmedio de ellas no dejaban un paso tranquilo a los convoyes enemigos, por gruesas que fuesen sus escoltas: un fuego mortífero, que parecía desprenderse de las mieses mismas, los aniquilaba bien pronto, y cuanto llevaban en presas, municiones o pertrechos quedaba en manos de tan beneméritos patriotas.

Velos burlar las artes de Vulcano, pág. 25.

La industria catalana, siempre activa e ingeniosa, suministró medios inesperados a la fidelidad de aquella provincia, no obstante que con la sorpresa de Barcelona (fundada según dicen por Barcino) habían quedado inermes sus naturales, y privados del inmenso depósito de sus fábricas bélicas: porque en la acción del Bruch, donde los somatenes, o paisanos mal armados, presentaron batalla campal a las legiones francesas, supieron suplir la falta de artillería con los troncos de los árboles que mañosamente transformaron en cañones; con los que contrarrestaron a los de bronce y hierro con que los Franceses los atacaban.

Al pie de la invencible Zaragoza, pág. 26.

Para Zaragoza no hay elogio proporcionado, sino juntar las ruinas de Numancia y Sagunto, y desde allí afirmar con confianza, que todo es poco, y nada hay fabuloso en materia de heroísmo, cuando se encomienda en manos del Español la causa del honor y la independencia nacional.

Notas al desenfado patriótico

Lo juro por la verde berenjena, pág. 31.

A la nueva institución caballerisca del Rey Pepe se le ha dado, en Madrid, el nombre de orden de la berenjena. Las pruebas que se requieren para cruzarse son el abjurar de su legítimo Rey, y del honor e independencia de su nación. La insignia que se recibe en pago de tanta bajeza es una estrella de vidrio, cuya fragilidad simboliza la duración de la dinastía que la reparte, y la vileza del material iguala a los que tanto la apetecen con los Indios bravos, que empiezan a vender su independencia por unas cuentas de vidrio.

Doctor Jarabes, ¿qué furor es ese? pág. 32.

Por lo regular eligen los Franceses para emisarios aquellos partidarios suyos, que en sus modales tienen mucho de lo que solemos llamar por acá mónita, a fin de que su aire halagüeño y palabras blandas introduzcan la debilidad del ánimo, y le dispongan a recibir el terror que necesitan. De aquí viene la denominación de Jarabes, que les comprende a todos.

Ayer para escribir lo que se piensa
clamó esa voz por libertad de prensa, pág. 35.

Véase la memoria sobre la libertad política de la prensa escrita por uno de estos emisarios, y publicada pocos días antes de la entrada de los Franceses en Sevilla.

El Macedón y el Cínico severo
se van de brazo por el mundo entero, pág. 36.

Es harto célebre la visita que el Macedón Alejandro hizo al cínico Diógenes, quien le recibió desde su cuba. Pero es de advertir que no tuvo el conquistador la presunción de echársela de filósofo al encubado, sino que haciendo diferencia entre la práctica de todas las virtudes pacíficas y el ejercicio de todas las artes de destrucción, dijo que si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes. Ahora nos quieren hacer tragar un Alejandro a filosofado!...

Nota al Himno de la Victoria
La sombra de Alfonso
con iras más bravas,
su gloria en las Navas
defiende en Bailén, pág., 48.

Las mismas aclaraciones puestas a la oda anterior deben servir para este himno, en que se celebran los mismos hechos aunque con diferentes imágenes, y en el estilo y metro conveniente a la bella música en que está puesto por D. Fernando Sor. Solamente se hace alusión particular en esta estrofa a la circunstancia de haberse ganado la victoria de Bailén casi en el mismo terreno y época en que se consiguió la de las Navas de Tolosa por Alfonso VIII de Castilla.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).